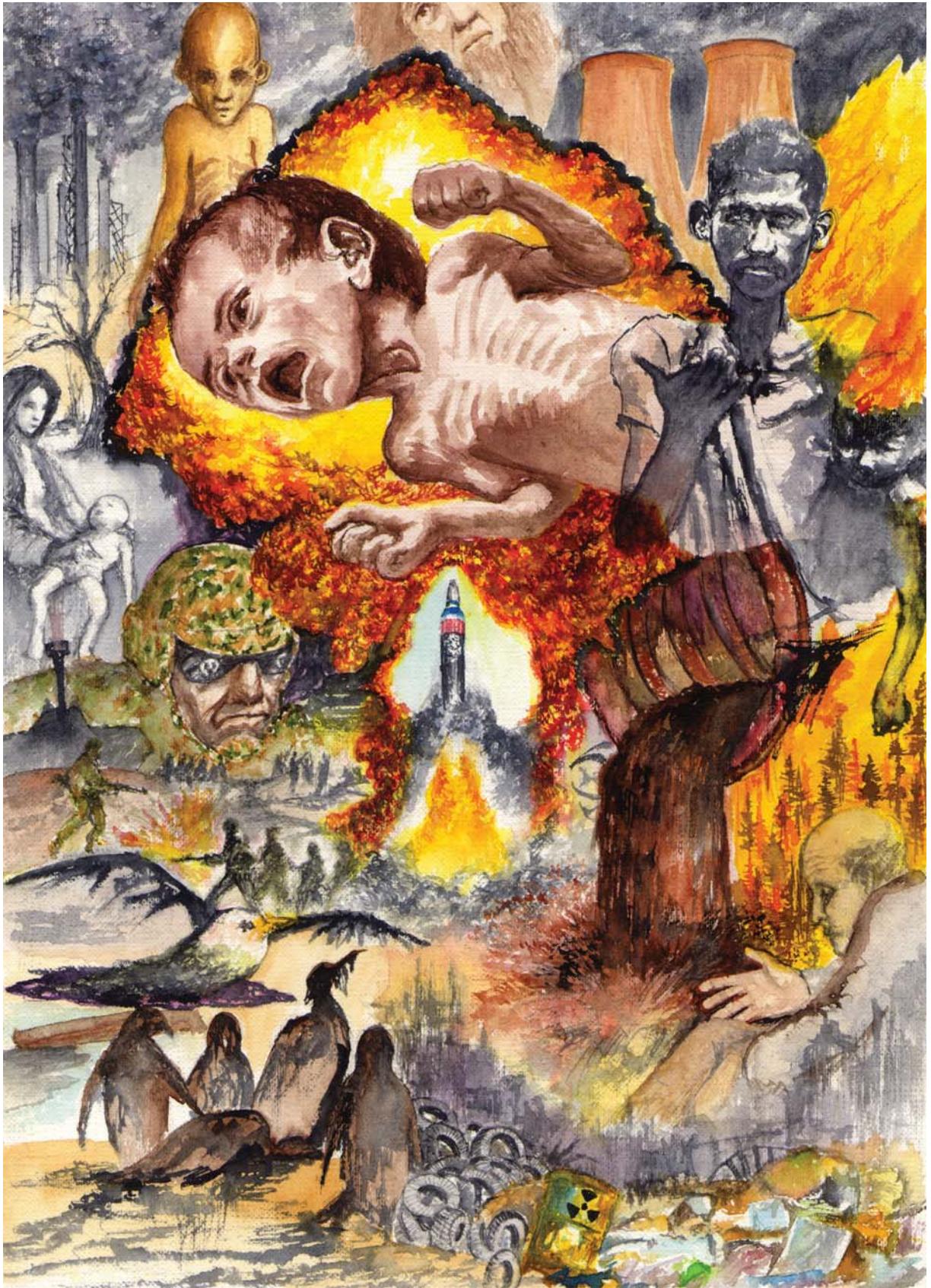


Número 13

Crepúsculo

Publicación que pretende promover el conocimiento, prevenir la pereza intelectual y fomentar la lectura





1^{er} premio -Categoría pecado- 1^{er} Concurso Anual Internacional de artes plásticas «Crepúsculo»
Luis Sei Fong «Pecados contra la humanidad»



Staff

Director

Ricardo R. Cadenas

Coordinador

Luis Straccia

Columnistas

Sabrina Perotti
Lucía Di Salvo León
Vicente Battista
María Eugenia Bouza

Colaboran en este número

Sergio Bergman
Pedro Comas
Silvia Pisano
Luis Ángel Gonzo

Diseño, diagramación

Eugenia Sanchez

Ilustraciones

Héctor H. Grandi
hectorhugograndi@yahoo.com.ar

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos - Moreno
1836 6to. B - Te.:011-43722154
www.revistacrepusculo.com.ar
info@revistacrepusculo.com.ar

Impreso por DTPrint S.A.
0237-4664818

Registro de Propiedad
Intelectual

Expediente N° 592073
La publicación de opiniones
personales vertidas por colaborado-
res y entrevistados no implica que
éstas sean necesariamente comparti-
das por Revista Crepusculo

Editorial

Imaginemos esta situación: un empresario sale de su casa, omite besar a su esposa, cruza un semáforo en rojo. Suena su celular y lo atiende; un policía lo detiene, y él lo coimea para evitar la multa. Caminando por una esquina ve a un ciego que necesita cruzar la calle, y lo evade: está apurado. Ya en su oficina, su secretaria le dice que lo llamó Ana (su amante); él contesta despreocupado: «Bueno, comunícame con ella». Y este hombre ni siquiera advierte cuántas faltas ha cometido durante el día...

Parecería que las diferencias de percepción entre el bien y el mal en ocasiones son subjetivas. Cada individuo, de acuerdo con sus circunstancias, evalúa en forma diferente sus propias faltas; las compara con las de otros y se convence de no haber cometido ninguna transgresión. Ante estas disquisiciones individuales, podríamos afirmar que el más capacitado, mejor educado y con más oportunidades tiene menos derecho a cometer faltas; y ante el mismo pecado, debería ser castigado con mayor severidad.

El pecado es la transgresión voluntaria de preceptos religiosos. Todo lo que se aparta de lo recto y justo, o que falta a lo que es debido. O también, el exceso o defecto en cualquier línea.

Como el hombre es un ente social y cultural, el concepto de pecado se modifica con las épocas y las diferentes culturas. En el medioevo, la adivinación o la magia eran castigados como pecados; hoy, cualquiera hace un horóscopo. Hace menos de un siglo, en Alemania, la homosexualidad no sólo era considerada pecado, sino severamente castigada por la ley. Para algunas culturas, el incesto o la poligamia son prácticas normales: no son pecados.

Toda falta conlleva un castigo; el caso del pecado no es excepción. Deseo, tentación, pecado, confesión y perdón forman un círculo continuo. Este mecanismo tiene su sentido, pues le da oportunidad al transgresor de ser perdonado y ejercer un cambio en su comportamiento. Como todo sistema, con el tiempo fue desvirtuado por el hombre, lo que llevó al Papa Clemente XIV a quejarse: *La mayoría de los pecadores pasan su vida ofendiendo a Dios y confesándose.*

Los pecados han sido clasificados por la Iglesia: de acuerdo con su gravedad, tenemos el pecado original (cuya culpa es de terceros y se disipa con el bautismo), venial (falta leve que no afecta en gran medida nuestra relación con Dios), mortal (pecado que nos

hace perder la gracia de Dios). Se estableció también un sistema de penitencia temporal para la expiación de los pecados. De esta manera se provee un andamiaje de normas; se le da al devoto, en caso de desobediencia, un castigo acorde a la falta. En la práctica, debemos asumir la falta con responsabilidad y aceptar el castigo como una oportunidad que nos permita la reparación para con el prójimo y la corrección de acciones futuras (no tropezar dos veces con la misma piedra).

Los siete pecados capitales son apetitos desordenados, fuente o principio de otros pecados: ira, pereza, lujuria, gula, avaricia, soberbia y envidia. En la sociedad de hoy tienen poca oportunidad: a la gula se la combate con la cirugía bariátrica; a la ira, con un Lexotanil; a la pereza, con un buen despertador; y la lujuria está adormecida con tanto estímulo, con tanta oferta de porno shop y página web.

En la literatura universal, pocos autores tratan sobre el pecado de manera tan notable como Dante Alighieri. Influenciado por la filosofía griega y por el poeta latino Virgilio, en el «Infierno» de la *Divina Comedia*, Dante clasifica el pecado en tres grandes grupos: de incontinencia (ligados a la sensualidad y la emoción); pecados violentos (relativos al déficit de la voluntad); y de fraude o malicia (pecados del intelecto). Se resaltan aquí las tres facultades del alma según Platón (sensibilidad, voluntad e

inteligencia), y los pecados son considerados como perversiones de alguna de estas facultades.

Dante pone en cada círculo del Infierno a un tipo de pecador. El primero es el limbo, donde están las almas víctimas del pecado original; en el segundo, las lujuriosas; en el tercero están los soberbios y envidiosos; en el cuarto, los avaros y los derrochones; en el quinto y sexto, los herejes y los orgullosos; en el séptimo, los violentos. Pero al octavo lo divide en diez fosas, destinadas a los fraudulentos de diversos tipos (corruptos, consejeros, cortesanos, charlatanes, etc.), y por fin el noveno círculo lo reserva a los traidores. Podemos apreciar que los pecados del intelecto —los de los últimos círculos— continúan hoy con más vigencia que nunca. Y qué decir de los nuevos pecados capitales exacerbados por la sociedad moderna: la intolerancia, la incomprensión, la mezquindad, la cobardía, la omisión, la desconfianza, la indiferencia, el autoritarismo, el desprecio, el egoísmo...

Cuando Adán y Eva deciden desobedecer a Dios, involucran a toda su descendencia en ese pecado original. Pero, junto con el castigo, Dios le otorga el libre albedrío: la capacidad individual de elegir entre el bien y el mal, la facultad de decidir de acuerdo con su raciocinio y su voluntad. La obligación de no sólo ser libres, sino responsables por lo actuado.

Ricardo Cadenas

Sumario



- | | | |
|--|--|-------------------|
| <p>7 Por Sergio Bergman
<i>Origen y destino</i></p> <p>13 Por Pedro Comas
<i>Apartamiento del Ser y de la Realidad</i></p> <p>16 Por Vicente Battista
<i>El pecado</i></p> <p>22 Por Daniel Gerardo Borré
<i>Escenas paganas (cuento)</i></p> <p>28 Por María Eugenia Bouza
<i>Un camino, pintar, pintar, pintar</i></p> <p>22 Por Luis Straccia
<i>La Omisión y la Desvergüenza</i></p> | <p>38 Por Silvia Pisano
<i>El pecado de...¿ No ver?</i></p> <p>42 Por Lucía Di Salvo León
<i>Lo prohibido tiene cara de mujer</i></p> <p>46 Por Miguel Ángel Gonzo
<i>Primera excomuni3n</i></p> <p>54 Por Sabrina Perotti
<i>La omnipresencia del pecado</i></p> <p>58 <i>Recomendados de Crepúsculo</i></p> | <p>Abri1 2010</p> |
|--|--|-------------------|

Origen y Destino

Por Sergio Bergman

La naturaleza humana se debate un interrogante ¿Somos esencialmente buenos en origen y nos desviamos hacia el mal antes de llegar a destino o es ciertamente nuestra constitución proclive al mal y la fuerza de la norma la que nos encausa hacia el bien?

Sin fijar posición entre estos dos grandes lineamientos iniciales se hace difícil establecer cual es el lugar del pecado.

Asumamos para este inicio, en el breve recorrido que compartimos en estos párrafos, que los seres humanos, no somos seres naturales sino fundacionalmente culturales.

El lenguaje -el símbolo, la representación y la interpretación- es inherente al acontecer de lo humano y no está por fuera de su esencia, como artefacto externo, sino que es indivisible en su constitución ya que es parte de su misma interioridad. Para entender y entendernos no podemos sino hacerlo, o intertarlo, desde el andamiaje de lo que la cultura nos provee, es decir desde un sistema que no es sólo de observación sino de construcción del observado.

En este universo de construcciones socioculturales que la civilización humana desarrolla -en su extensión de tiempo y espacio-

occidente, y en particular nuestra sociedad, fue moldeando los términos y conceptos desde la perspectiva de la tradición judeocristiana.

La idea de pecado no puede ser asumida sino con las implícitas connotaciones que ésta

perspectiva subjetiva parcial, pero envolvente y siempre presente, ha definido como constitución intrínseca al pecado como valoración de juicio desde una determinada moral.

Es en este aspecto que no sólo importa cómo se define al pecado, sino cómo se lo utiliza para conformar el carácter y asignar juicios y prejuicios a las acciones que, desde las autonomías indivi-

duales, son juzgadas por las normativas culturales de las comunidades de pertenencia y por las sociedades en las que se actúa haciendo experiencia de praxis sus implicancias que como ética pareciera sólo prescriptiva teológica.

Es también aquí donde el tronco común abre ramas bien diferenciadas que, sin dejar de ser el

“ NO SÓLO IMPORTA
CÓMO SE DEFINE AL
PECADO, SINO CÓMO SE
LO UTILIZA PARA
CONFORMAR EL
CARÁCTER Y ASIGNAR
JUICIOS ”

Sergio Bergman

Rabino. Presidente de la Fundación Argentina Ciudadana. Fundador y miembro de Memoria Activa. Ha publicado varios libros, entre ellos, el Manifiesto Cívico Argentino, Argentina Ciudadana y Celebrar la Diferencia. Unidad en la Diversidad.

mismo árbol y alimentarse en la misma raíz, no pueden dejar de adquirir singularidades que las diferencian.

El Origen

El pecado en la tradición judía no tiene las significaciones ulteriores que adquiere en la propuesta cristiana, y en particular esta diferencia tiene origen en la revelación y/o exegesis bíblica. Por lo tanto tendrán consecuencias divergentes en cuanto a la práctica.

En la cosmovisión judía no existe un pecado original. **El nacer humanos no implica que con pecado somos concebidos**, ni hay en la carne tal adjetivación como si fuera sustantiva. Es decir que el cuerpo y el alma son complementarias tan sagradas o profanas como se las asuma, por lo que se hace en términos de sentido y trascendencia o de alineación degradada en posesión como si fuera sólo materia. La sexualidad es misterio en revelación abierta y el sexo no es un pecado del que hay que redimirse, sino un camino de dialogo y encuentro donde no hay que sólo fundirse ni confundirse como si se tratara de la genitalidad o cosificación del otro en cuanto objeto.

Para la tradición milenaria del Pueblo Judío, la ley es tanto escrita –bíblica- como oral –talmúdica-. Ambas se integran en una sola teología de revelación que plantea que tanto la palabra de un D's creador fue dada a Moisés en el Sinaí, como la hermenéutica de interpretación oral en la cadena de generaciones de maestros que la interpretan, aun en nuestros días.

La interpretación rabínica a esta ley desarrolla una jurisprudencia legal que, compilada en códigos, da a lugar a la literatura del Talmud y sus códigos posteriores a partir de los cuales rabinos y eruditos de la ley -como los abogados y jueces en el derecho romano- debaten y se baten para definir no sólo como legislar la casuística frente a la ley, sino lo que es más relevante, y sin duda problemático, escuchar la voz de D's que habla a través de ellos arraigados en la lectura (subjetiva interpretación humana) en los textos.





«Penitentes» de Ana María Doblás, Mención especial del Primer Concurso Internacional de Artes plásticas de la Revista Crepúsculo.

Asumirnos en el Error

El pecado entonces es error. "Jet" en el término hebreo que implica como tal retroceder a la imagen bíblica original de aquel primer pecado, que hombre y mujer frente al límite supieron transgredir para hacerse humanos, ya no por creación sino por elección, es decir por ser no sólo criaturas de D's sino seres autónomos libres y responsables que no sólo hacen, sino que asumen lo que hacen.

Es este el plano de origen – y entiendo de destino - de lo humano. En el plano de la conciencia – y del subconsciente, preconsciente e inconsciente más todas las vertientes subterráneas que afloran en la topografía hídrica de la psiquis humana cartografiadas mapeadas y georeferenciadas en las ciencias sociales que hacen a la conciencia la psicología y el psicoanálisis- los seres humanos tenemos libre albedrío, es decir en palabras más sencillas, optamos, elegimos.

Cierto es que nuestras libertades de elección no son infinitas, como muchas veces asumimos, pero tampoco tan cerradas y limitadas para condenarnos a un determinismo en el que nos declaramos inocentes porque no podemos hacer nada. **Entre ser culpables a priori o inocentes a posteriori deberemos asumirnos responsables siempre.**

Ser responsables es un atributo maduro de sabernos en el pecado. Pecado que ya no tiene connotación teológica, ideológica, ni moral. Es ética de la dimensión ontológica de que nuestra

acción tiene necesariamente que impactar en una realidad que, en su dualidad, incluye tanto el bien como el mal, y que nosotros no estamos fuera de esta disyuntiva sino que nos constituye y que la instituímos.

Somos participes necesarios tanto del pecado como de la virtud. La realidad registra el balance de nuestro devenir en el que ser virtuosos o pecaminosos es una síntesis no una esencia.

Nada puede redimirse fuera que no sea redimido en la interioridad del ser. Es por ello que se hace tan necesario asumírnos en el pecado, ya no por el castigo, sino por la recompensa. El pecado nos permite repararnos en lo humano que devenimos cuando lo podemos integrar a nuestro ser y reparar en el hacer.

Nadie que sea humano puede serlo fuera del pecado, pero sólo en él deja de serlo ya que nuestra humanidad es esa capacidad de transformar el pecado en virtud. Para lograrlo no podemos hacerlo sino a partir de asumir el pecado más que como condena, como una oportunidad que nos da la acción que implica el error y aquella que inaugura amorosamente en el perdón la capacidad de reparación.

Conciliar el pecado y la virtud hace síntesis en la humanidad que somos. Tema de los hombres, ya no de D's.

Distinguir el bien y el mal es conocimiento

En el pecado esta responsabilidad no es culpa o ingenuidad, sino responsa, es decir respuesta. Contestar al interrogante que nos hacen, ya no desde la literalidad de la voz de D's sino desde la pregunta que convive en toda acción que hemos desplegado.

El primer pecado, fue en el jardín del edén, donde de todos los árboles podíamos comer, pero

de aquellos que bien guardábamos en el centro del jardín se nos indicara que no lo hiciéramos. Del árbol de la vida y del árbol de cocimiento del bien y del mal. La serpiente, seducción hecha divinidad en inteligencia práctica, que no siempre es sabiduría pero que conoce bien la materia, supo interpelar en esa autonomía de verificar tanto la libertad real como el límite entre lo humano y lo divino para que, por medio de la mujer -otra manifestación de la divinidad-

se probara cruzar el límite que nos hizo nacer.

Podemos asumir que este pecado es original, pero en una nueva connotación: es originalmente humano optar y transitar este límite, donde hay un D's que habla y dice, pero donde sólo el hombre aprende por lo que hace. Original es el pecado que nos constituye pero también instituye que seamos lo que hacemos y que asumamos en

“**EL PECADO NOS PERMITE REPARARNOS EN LO HUMANO QUE DEVENIMOS CUANDO LO PODEMOS INTEGRAR A NUESTRO SER Y REPARAR EN EL HACER.**”

lo que hacemos lo que somos.

¿Cómo podríamos ser humanos sin el pecado de probar alguno de estos dos árboles y no de ningún otro? Mientras la abundancia del edén alimentara para siempre, sin esfuerzo ni trabajo, las necesidades de subsistencia del cuerpo, el de vida eterna y del cocimiento son los que alimentan el alma.

Sin este pecado hubiéramos sido obedientes pero ignorantes de nuestra propia humanidad que sólo es tal a partir de la libertad.

Un D's que creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza confió en una elección que es pecado por el error de no cumplir con Su límite, pero que es origen de una libertad que implica responsabilidad.

Nacer en la conciencia de nuestros actos, y salir del edén como paraíso provisto por D's, para vivir en la tierra eligiendo nuestro destino humano- ya no divino- y si haremos de esta tierra un paraíso o un infierno.

Es posible al recapitular el dramatismo bíblico,

preguntarnos por qué si ya en nuestra constitución terrenal somos tanto hijos de D's como del pecado, ya no por nacimiento en el mamífero sofisticado, sino en el ser social y cultural que tiene libertad de elección, no se nos dio por vulnerar el límite y comer del árbol de la vida eterna en lugar de haberlo hecho del árbol del conocimiento del bien y del mal?.

Tengo mis dudas, si no existió quizás otro Adán y otra Eva que antes o después no lo hubieran concretado.

Si esto fue así, no se desvirtúa el relato bíblico, ya que nunca lo podríamos saber. Se trata de dos seres humanos, que comiendo de ese árbol serían eternos, pero nunca conocedores del bien y del mal, es decir sin conocimiento, que decir discernimiento. No serían seres concientes como humanos, sino sólo obedientes, en esa eternidad adquirida por el fruto de las leyes de aquello que nunca muere pero que no sabe que existe.

Hacer-nos humanos es ser seres concientes y en esta conciencia distinguir el bien y el mal es conocimiento. Conocimiento ya no del mundo exterior -materia que asume la ciencia- sino de ese mundo interior de la libertad de nuestro propio ser en pensar sentir y hacer, que sólo puede reconocerse en el error (pecado) de comer del árbol del conocimiento de un bien y de un mal, que ya no es objetivo



«La Ira» de Liliana San Miguel, participante del Primer Concurso Internacional de Artes plásticas de la Revista Crepúsculo.

como ciencia, sino cultural en la interpretación social que incorporamos en la conciencia.

Creer en Libertad y Responsabilidad

Luego del error que tiene toda elección que no resulta

“ SI EL ERROR (PECADO) DAÑA A UN TERCERO ES FRENTE A ÉL ANTES QUE FRENTE AL MISMO D’S DONDE DEBO RETORNAR, RESPONDER Y REPARAR LA ELECCIÓN QUE FUE MI OPCIÓN ”

camino para el bien sino para el mal, **tenemos el imperativo ético de no sólo ser libres, sino responsables por lo actuado.** Todo pecado puede ser redimido, y ello es posible una vez más no por un gesto divino sino humano, que es donde tiene origen y destino.

El camino de responder responsablemente al pecado en la praxis judía, es justa-

mente Teshuva, que etimológicamente es retorno o respuesta. Retornar el lugar de la acción para asumirla, y retornar para responder ante quien corresponda por lo actuado.

Dada la naturaleza (cultura) humana de que si elegimos nos equivocamos, se nos propone (ya no se impone) una opción que es **crecer en libertad al mismo tiempo que en responsabilidad.** Asumidos en el error me debo una reparación. Si el error (pecado) daña a un tercero es frente a él antes que frente al mismo D’s donde debo retornar, responder y reparar la elección que fue mi opción y donde mi libertad vulnero lo sagrado de respetar la del prójimo aún cuando no sea próximo.

El pecado es error, pero como tal oportunidad de reparar humanidad. Re-parar, es parar-se en ese mismo lugar que no puede ser en el tiempo-espacio de lo sucedido, en acontecimiento que ya aconteció, pero sí en tiempo presente donde haciéndome presente en el error, redimo el pecado en la virtud de dar un nuevo valor al presente en el que me ofrendo arrepentido para sin olvidar perdonar, perdonarme, perdonarnos que siendo humanos, nos vamos haciendo tanto en el acierto como en el error.

Del pecado retornamos a la reparación de una libertad que nos dieron y que devolvemos en la ciencia de la evidencia de lo actuado y en la conciencia que podemos ser perdonados por amor.



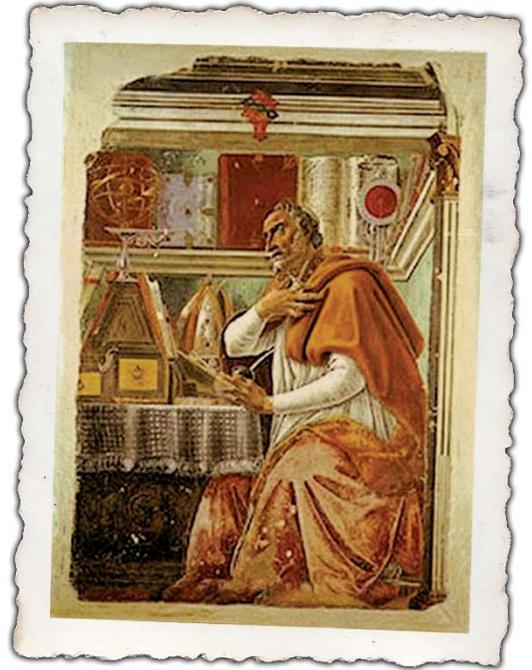
«Prohibido a menores» de Félix Morrillo, participante del Primer Concurso Internacional de Artes plásticas de la Revista Crepúsculo.

Apartamiento del Ser y de la Realidad

Por Pedro J. Comas

San Agustín nació en Tagaste (África) y vivió entre los años 354 al 430. Antes de la conversión al cristianismo, en 386, estuvo largo tiempo alejado de éste. Especialista en retórica, fue atraído inicialmente por el **maniqueísmo** el cual le proporcionó una idea a la solución del problema del mal. Entre el terreno filosófico y luego religioso, con una escuela **neoplatónica** que lo sedujo, más la lectura de los evangelios y escritos de San Pablo, su conversión hizo de él uno de los pilares de la Iglesia. Esto a partir de la composición de obras de gran relieve para la comunidad cristiana tales como *De civitate Dei* (la ciudad de Dios), *De libero arbitrio* (el libre albedrío) y las *Confesiones*.

La suya fue una obra signada por el doble ingreso de la filosofía y la teología, que confluyeron para que no pueda hablarse de una u otra indistintamente.



Creyó para comprender y comprendió para creer; no creyó porque sí. La búsqueda de la verdad debía ser para Agustín una verdad absoluta, que colmara toda pretensión humana. No fue como los epicúreos, quienes apaciguaban sus necesidades en todo aspecto moderando, en la medida de su razón, su vida.

La vida de Agustín no fue sólo contemplativa, sino activa en búsqueda del conocimiento, la fe y el amor, porque las felicidades parciales son efímeras y no completan al hombre en su camino de búsqueda de la verdad suprema, la cual sólo podía ser para él, Dios.

Maniqueísmo

Doctrina religiosa bien perfilada. Fue religión universal y textual. Fundada por Manes o Mani (216-277). Declaraba el mal como sustancia existente y el movimiento permanente era el del desprendimiento del mal, no

aniquilarlo, sino enviarlo al reino que le es propio y no al reino de la luz. La purificación es el motivo central en la ética maniquea. De varias corrientes religiosas, algunos mencionan al maniqueísmo como sincretismo.

Neoplatonismo

Continuación de la escuela platónica en donde se funden la idea platónica del Bien con lo Uno. Lo Uno sería la suprema perfección, retomada la idea por ilustres filósofos como Plotino, Plutarco, San Agustín, Escoto Erígena, hasta el S. XIII. Luego ingresó en la escuela de Cambridge llegando hasta Schelling con la filosofía moderna.

Pedro Comas

Químico Industrial. Cursó estudios superiores en la UBA y en la Universidad del Salvador cursó la carrera de filosofía.



En ambas páginas aparecen detalles del grabado «Thenot bajo un árbol frutal» del poeta, pintor y grabador inglés William Blake (1757 - 1827). Palmer consideró que estas xilografías eran «visiones de pequeños valles, vericuetos y rincones del Paraíso...»

Así, San Agustín consideró que para obtener esa Verdad Suprema, había que seguir un camino espiritual que desde el interior de sí, vaya al exterior en etapas superadoras de conocimiento propio y de allí a Dios.

Este camino de ascensión busca encontrar una percepción interior que unifique las percepciones y que se distinga, así, la certidumbre que hace que los escépticos convaliden tal posibilidad.

Pero en última instancia la verdad agustiniana sólo puede hallarse por la fe -en tanto que fe iluminada- y lo es porque la fe en Dios es la que trasciende toda inteligencia y hace posible, a la vez, la inteligencia.

Tanto en los escritos de San Agustín que he leído, como en los de sus comentaristas y los de aquellos pensadores de raíz platónica, se afirma que hay una luz intelectual (diferente de la gracia) que hace posible la intelección natural.

Para Agustín esta luz procede de Dios o de una previa iluminación y en ella se afirma la comprensión del ser, a diferencia de Santo Tomás

de Aquino, para quien la intelección de lo real es el resultado de una abstracción fundada en la experiencia.

En escuelas posteriores como la Leibniz -Wolff, Bilfinger (filósofo 1693-1750) se extrae un principio de posibilidad sobre todos los demás principios. Los posibles principios en definitiva - compartiendo de alguna manera la idea agustiniana- se hallan en Dios y dependen de Él.

Pero Dios no puede pensarlos de otro modo que el que corresponde a su naturaleza. Y esta sería la luz que procede de Dios o iluminación agustiniana.

Con este previo panorama podemos acercar alguna nota sobre lo que consideró San Agustín pecado.

No hacen falta muchos indicios para entender que tomó al pecado como un quebrantamiento de la ley divina, como transgresión, como caída o tragedia.

Pecado puede entenderse como un sustantivo o como adjetivo, desde el punto de vista lingüís-

Epicureísmo

Escuela, del Siglo III a.C., que no obstante su defensa del conocimiento a base de las percepciones inmediatas de la realidad material, contaba en sus doctrinas con buena parte de racionalismo y como eje de su

actividad, la ética, dedicándose con más intensidad a subrayar el papel de los factores empíricos y a reglas empíricas, e imponían su pensamiento sobre lo religioso, la medicina, la retórica, etc.

Liberio Arbitrio

Posibilidad de elegir entre el bien y el mal. Facultad de la razón y de la voluntad por medio de la cual es elegido el bien mediante auxilio de la gracia, y el mal por la carencia de esta.



tico. Pero desde el punto de vista filosófico – religioso, hacer algo mal, ¿es hacer algo imperfecto? Si fuera sustantivo, en el sentido de sustancia, de algo medible, pesable, existente como ser ¿tendría la impronta de la negación del bien, de lo bueno? ¿Cómo concilia San Agustín esto si todo proviene de Dios?. S. Agustín no lo toma como sustancia, sino como una privación o movimiento al no ser. Es el apartamiento de Dios que es el apartamiento del ser y de la realidad.

Como el hombre goza de **libre albedrío**, dado por Dios, la voluntad humana puede elegir el mal, esto es, simplemente pecar. Y para salvarse necesita la gracia. A partir de estos elementos y otros como la condenación y la salvación, el santo desarrolla una teología de la historia, una teodicea.

San Buenaventura, más de diez siglos después, siguiendo casi seguramente el pensamiento agustiniano, dice que el mal (el pecado) está en el hecho de que se hiciera algo a causa de sí, y no a causa de Dios (aliquid faueret propter se, non propter Deum) lo que marca la diferencia entre la patrística griega donde se enumeran aspectos propiamente metafísicos y el mal,

concebido como mácula en la creación (esto sería una privación metafísica), o la latina donde el mal se lo mira bajo un aspecto religioso-moral, es decir una manifestación del pecado o una privación de un cierto bien.

En definitiva, San Agustín halló que el pecado no es una sustancia y en sus *Confesiones*, menciona

a la maldad como «perversidad de voluntad torcida» (Confesiones VII, 2), y esta perversidad hace que el mundo desde sus orígenes y desde su «pecado original» sea una continua transgresión a los valores contra Dios y el hombre. Más allá de los siete pecados capitales, que ya han sido aumentados por la Iglesia, debemos preguntarnos por el mayor de los pecados que subyace en el interior de cada uno y que según las tablas entregadas a Moisés tienen a Dios y al

hombre en la cúspide de la importancia divina. Alzarse contra ellos, es cometer el mayor de los pecados.

De larguísimas discusiones entre escuelas filosóficas y teologales, este brevísimo comentario quisiera ser apenas una entrada a la obra de San Agustín, Obispo.

“ EN ÚLTIMA INSTANCIA
LA VERDAD
AGUSTINIANA SÓLO
PUEDE HALLARSE POR
LA FE -EN TANTO QUE
FE ILUMINADA- Y LO ES
PORQUE LA FE EN DIOS
ES LA QUE TRASCIENDE
TODA INTELIGENCIA Y
HACE POSIBLE, A LA
VEZ, LA INTELIGENCIA. ”



El pecado

Por Vicente Battista

Fue producto de una desobediencia, de un castigo por hacer algo prohibido: por culpa de esta travesura te quedás sin postre. Claro que en este caso el postre era el paraíso terrenal, perderlo para siempre y, además, empezar a ganar el pan con el sudor de tu frente, es decir: trabajando. Un ejercicio que se desconocía en aquel sitio que acababan de perder.

Hasta ese día, Adán y Eva habían tenido todo a mano, sólo debían estirarla, apenas un poco, para obtener lo deseado. Todo menos el fruto de ese árbol, el del bien y del mal, el árbol de la sabiduría. La prohibición había partido del propio Jehová, que era dueño y creador de la totalidad de las cosas, incluso el creador de Adán y de Eva, quienes en aquel momento clave, puestos frente a ese árbol y tentados por la serpiente que había surgido como por arte de magia, estiraron la mano con el fin de atrapar la manzana.

Según se lee, la mano la estiró Eva, y seguramente lo habrá hecho con la misma naturalidad conque un rato antes se había apoderado de una pera o tal vez de una naranja. Pero en este caso se trataba del fruto prohibido, se lo alcanzó a Adán y el pobre hombre cayó en tentación.

Bastó un mordisco para que apareciera Jehová, que todo lo ve y todo lo oye, y con la cólera del caso (hay que tener en cuenta que era cólera

divina) los expulsó del paraíso, sin más trámite. El resto es historia conocida.

Imagino que aquel sitio del que fueron expulsados era muy cómodo, aunque se me ocurre que era algo aburrido. Por el contrario, el nuevo mundo por el que comenzarían a transitar lejos estaba de ser cómodo y más lejos aún de ser aburrido.

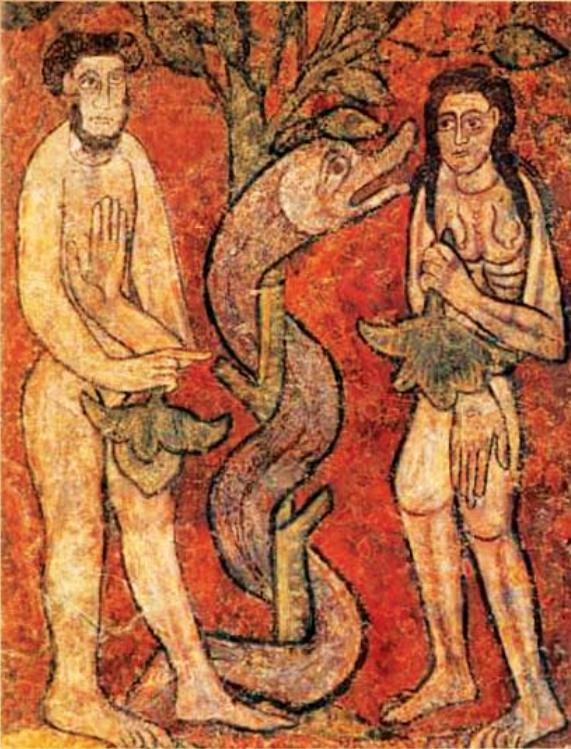
“BASTÓ UN MORDISCO PARA QUE APARECIERA JEHOVÁ, QUE TODO LO VE Y TODO LO OYE, Y CON LA CÓLERA DEL CASO (HAY QUE TENER EN CUENTA QUE ERA CÓLERA DIVINA) LOS EXPULSÓ DEL PARAÍSO”

Desobedecer órdenes y caer en tentación tiene su precio: la pareja, que un rato antes había perdido su condición de nudista, junto con las primeras ropas cargaría con el primer pecado, el original. ¿Pero hasta qué punto era original para la religión judía y posteriormente para la cristiana?

Los persas contaban de qué modo Arimán, el dios de la oscuridad y el caos, lograba que la primera pareja comiese frutos prohibidos. Los brahmanes indios anuncian que el «primer hombre» desencadenó su propia miseria por comer de un árbol sagrado. En la epopeya de Gilgamesh, leemos que una

Vicente Battista

Colabora actualmente en los suplementos culturales Ñ, de Clarín y ADN de La Nación. Cuaderno del ausente es su última novela publicada.



«El pecado original: Adán y Eva », imagen del siglo XI, estilo románico.

astuta serpiente les hace perder la «hierba de la vida».

Queda claro, entonces, que el pecado original que nace de la desobediencia a Dios es común en numerosas antiguas religiones. Los patriarcas judíos a la hora de escribir el **Génesis** realizaron una síntesis de aquellos remotos relatos de indios y persas.

En las páginas iniciales del primer libro de la **Torah**, encontraremos el árbol sagrado, la fruta prohibida, el diablo y la mujer que desobedece el mandato divino. Como consecuencia de esa falta, nació el molesto e inevitable «Pecado Original». Una falta con idéntica raíz en las distintas religiones. Sin embargo, a partir de su

nacimiento, tomará diferentes caminos.

El Dios de los judíos fue severo con aquellos primeros pecadores. No sólo los expulsó del paraíso y los condenó al trabajo sino que, además, les quitó la inmortalidad: *«volverás a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás»* (**Génesis 3:19**). En la religión judía la desobediencia al mandato divino es una «falta primordial», pero el castigo de ninguna manera se extiende a los descendientes de esa pareja pecadora. Algo parecido sucede en el islamismo. El Corán sostiene que aquella falta inaugural fue cometida en idéntica medida por Adán y Eva, pero entiende que quedó zanjada con el castigo recibido: la expulsión del Paraíso y sus posteriores consecuencias. El Islam no admite que otro pague por los errores de los demás: *«Nadie cargará con la culpa ajena»* (**Sura 17:15**).

El Dios de los cristianos, que mediante la voz de su hijo Jesús parecía ser bastante menos implacable que el Dios de los judíos, a la hora de considerar el pecado original se volvió extremadamente severo: no sólo cargará la culpa aquella primera pareja sino también todos sus descendiente, desde los hermanos Caín y Abel hasta los bebés del mundo entero que hace un minuto acaban de nacer.

Esas inocentes criaturas llegan con el pan debajo del brazo izquierdo y con el pecado original debajo del derecho. No desesperar, pueden limpiar esa falta. Simplemente, deberán bautizarse y adiós pecado. **¿Pero qué pasa con los muchos que nacieron antes de que Jesús llegara a este mundo y que Pedro y Pablo fundaran la Iglesia Cristiana?** Nadie les había avisado de la facultad del bautismo, simplemente

7 pecados capitales



Pieter Brueghel, el viejo (1525/1569). Serie de cuadros sobre los pecados capitales, detalles - 1. «Avaricia», 3. «Lujuria», 4. «Ira». 2. El Bosco, "Mesa de los Pecados Capitales, La Envidia (detalle)."

porque aún no se había creado la religión que lo hiciera posible. En el siglo V San Agustín aseguraba que los niños no bautizados iban directo al infierno, sin posibilidad de paradas intermedias. Con el fin de amortiguar ese castigo tan severo, a mediados del 1100 San Alberto Magno habló del Limbo, propuesta avalada por su discípulo Santo Tomás. A ese sitio, al que la Iglesia nunca aceptó como dogma, iban las almas de aquellos niños que habían muerto sin haber recibido el beneficio del bautismo.

Hace menos de tres años, el papa Benedicto XVI lo abolió definitivamente. El documento presentado por la Comisión Teológica Internacional sostiene que «*existen serias razones teológicas para creer que los niños no bautizados que mueren se salvarán y disfrutarán de la visión de Dios*». En base a eso, eliminaron senderos burocráticos: las almas de todos los niños, bautizados o no, tendrán su lugar en el paraíso.

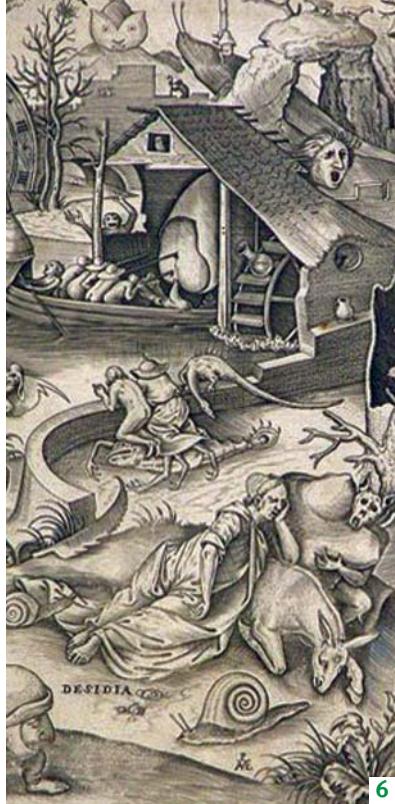
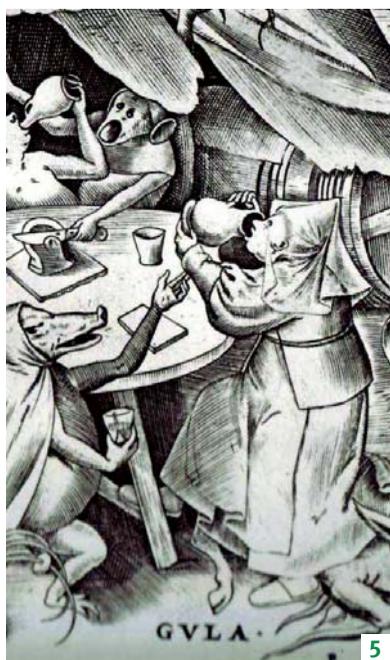
¿Pero qué sucede con aquellos que cuentan con la suerte de seguir viviendo? Además de la larga lista de pecados mayores y menores, deberán

enfrentarse con los Siete Pecados Capitales: lujuria, gula, avaricia, pereza, ira, envidia y soberbia. Ahora no es difícil, pero a fines del año 500, cuando el papa Gregorio I señaló cuáles serían los castigos, cometer uno de esos pecados se pagaba con tortura y muerte.

Veamos qué sucedía con quienes pecaban de lujuria. Los padres de la Iglesia entendían a la lujuria como «*appetitus inordinatus delectationis venerae*», es decir: el apetito desordenado de los placeres eróticos. Bajo esa definición se encuadraba cualquier manifestación sexual, desde el estupro, el incesto y el adulterio, hasta

los actos en contra de la naturaleza. Se trataba de no confundir sexo con amor. El concepto de amor tiene una importancia central en el cristianismo. De hecho, Dios mismo es amor. Pero aquello que proclama el Evangelio: «*ama a tu prójimo como a ti mismo*», de ninguna manera se refiere a lo erótico y sexual. Según este criterio, la lujuria no tiene por finalidad la reproducción, es puro placer. A los lujuriosos se los condenaba a morir asfixiados en fuego y azufre.

“ SE TRATABA DE NO CONFUNDIR SEXO CON AMOR. EL CONCEPTO DE AMOR TIENE UNA IMPORTANCIA CENTRAL EN EL CRISTIANISMO. ”



Pieter Brueghel. Detalles: 5. «Gula», 6. «Pereza».

7. El Bosco. "Mesa de los Pecados Capitales, La Soberbia (detalle)."

Los teólogos de entonces, casi en un pie de igualdad con los actuales nutricionistas, entendían que la gula es el «uso inmoderado de los alimentos necesarios para la vida», por la que la consideraban un pecado: entendían que detrás de los succulentos platos se escondían apetitos que fácilmente podrían ligarse con la lujuria.

Aquellos que comían y bebían en exceso, no sólo querían consumir comida, también buscaban ingerir la totalidad del universo. Sin embargo, a esos golosos no se los castigaba con la muerte, aunque la sanción seguramente les cerraba el apetito: estaban obligados a comer ratas, sapos, lagartijas y serpientes vivas.

La avaricia es para la Iglesia el «amor desordenado de las riquezas». No obstante, consideraban que era «lícito amar y desear las riquezas con fin honesto en el orden de la justicia y de la caridad», cooperar con la gloria de Dios, por ejemplo, o socorrer al prójimo. Entendían que la avaricia no la constituían las riquezas o su

posesión, sino el apego inmoderado a ellas; «esa pasión ardiente de adquirir o conservar lo que se posee, que no se detiene ante los medios injustos; esa economía sórdida que guarda los tesoros sin hacer uso de ellos aun para las causas más legítimas; ese afecto desordenado que se tiene a los bienes de la tierra, de donde resulta que todo se refiere a la plata, y no parece que se vive

para otra cosa que para adquirirla.» Los que cometían pecado de avaricia no lo pasaban nada bien: se los condenaba a sumergirse en barriles de aceite hirviendo.

Se hace difícil aceptar que la pereza sea uno de los siete pecados capitales. Aquello de no hacer nada o de carecer de ganas de hacerlo no parece una falta grave. Pero, según los Padres de la Iglesia, ese desganado podría hacer que el desganado se apartase de las obligaciones espirituales

y divinas. Y una cosa lleva a la otra, descuidar esos compromisos seguramente lo llevaba a pensar que no había otra vida después de ésta. Al aceptar ese precepto podían entregarse impunemente a las pasiones de los placeres

“ SEGÚN LOS PADRES DE LA IGLESIA, ESE DESGANADO PODRÍA HACER QUE EL DESGANADO SE APARTASE DE LAS OBLIGACIONES ESPIRITUALES Y DIVINAS. ”



Panel central de "El jardín de las delicias", del pintor flamenco Hieronymus Bosch también conocido como El Bosco (1450-1516). Obra de gran simbolismo, que todavía no ha sido completamente descifrada. Muestra un falso paraíso en el que la humanidad ya ha sucumbido al pecado, especialmente a la lujuria, y se dirige a su perdición.

carnales. «*Si Dios no existe todo está permitido*», leemos en **Los hermanos Karamazov**. A los perezosos que se apartaban de las obligaciones espirituales o divinas los aguardaba una fosa repleta de serpientes.

No todos los iracundos eran pecadores, ya que había ciertos modos de la ira que escapaba a la categoría de pecado. Según lo determinado por los Padres de la Iglesia, cuando no se trataba de un «*Appetitus inordinatus vindictae*» («*apetito desordenado de venganza*») sino del propósito de suprimir el mal y restablecer un bien, se estaría hablando de la buena ira, exenta de castigos. ¿Pero quién determinaba cuál era la buena y cuál la mala? En aquellos viejos tiempos lo aconsejable era evitar actitudes iracundas, ya

que podrían entrar en la categoría de pecado y eso significaba desmembrar los brazos y las piernas del pecador.

La pena para los envidiosos era algo menos severa. Aquellos que se incomodaban o angustiaban ante los bienes materiales de los otros, aquellos que deseaban verlos privados de esos bienes, estaban sin más vueltas cometiendo pecado de envidia. Se los castigaba sumergiéndolos en agua helada, los que pecaban en verano podían sobrevivir al escarmiento.

La soberbia era considerada el más grave de los pecados capitales, algo así como la fuente de todos los males. Pobres de aquellos que lo cometían, se los condenaba a padecer una tortura diabólica: «La Rueda». Es el nombre que

le daban a esa maquinaria infame que más tarde popularizarían los funcionarios de la Inquisición. La hemos visto en numerosos grabados y en una buena cantidad de películas: sujetaban al infeliz sobre una enorme rueda que giraba lentamente, en cada giro estiraba los miembros del torturado hasta destrozarlo por completo.

¿Por qué los soberbios eran castigados con tanta saña? Los teólogos ofrecen una explicación racional: el hombre fue expulsado del Paraíso por cometer esa falta, ofendió al propio Dios con su soberbia, supuso que tenía más poder y autoridad que su creador. Según Santo Tomás la soberbia era «*un apetito desordenado de la propia excelencia*». Se lo consideraba pecado mortal cuando llevado por su personal exaltación el que lo cometía se niega a obedecer a Dios, a los superiores y a las leyes. «*Dios abate a los soberbios y eleva a los humildes*», señala Lucas en los **Evangelios**.

No había piedad para los contemporáneos del papa Gregorio I que se atrevían a cometer cualquiera de los pecados capitales. Podían ser

asfixiados en fuego y azufre u obligados a comer ratas, sapos, lagartijas y serpientes vivas. Los podían sumergir en barriles de aceite hirviendo o de agua helada. Los podían arrojar a una fosa repleta de serpientes, desmembrar sus brazos y piernas, de un solo golpe o lentamente, todo dependía si habían cometido pecado de ira o pecado de soberbia.

“HOY PECAR HA DEJADO DE SER UN DELITO GRAVE, HASTA PUEDE SER AGRADABLE.”

Contaminar el medio ambiente, provocar la injusticia social, causar pobreza, enriquecerse hasta límites obscenos a expensas del bien común y consumir drogas, son hoy los nuevos pecados capitales que establece la

iglesia contemporánea.

No alarmarse, quienes los cometan están lejos de ser castigados como lo eran los hombres y mujeres contemporáneos del papa Gregorio I. Hoy pecar ha dejado de ser un delito grave, hasta puede ser agradable.

Un bolero muy popular proclama: «*Yo tengo un pecado nuevo / que quiero estrenar contigo*». No dice de qué pecado se trata, pero queda claro que está más cerca del placer que del tormento.



Según *The Picture Book of Devils, Demons and Witchcraft* (Libro de imágenes de Diablos, Demonios y Hechicería), por Ernst y Johanna Lehner (Dover Publications, 1971), cada pecado tiene un castigo específico en el Infierno. En este ejemplo la Soberbia y su castigo La rueda, método de suplicio empleado en Europa durante la época moderna.

Escenas paganas

Daniel Gerardo Borré

Ganador 2º premio IV Concurso Anual de Relatos Crepúsculo

La ceniza iguala a todos, (Lucio Séneca)

Improbable texto de Víctor Veronius, escritor ignoto, contemporáneo del emperador Adriano. Casi nada del relato resulta verosímil, inconstancia de Petronio. Y, sin embargo, entre líneas pervive, apócrifo o no, un incierto autor latino, arcaico, acaso un Víctor Veronius conjetural, remanente, quien con obstinación estoica, más que talento residual, pareciera sobreponerse a esta adulterada traducción.



I. En la pared lateral de una taberna la sombra disimulaba una borrosa inscripción, una advertencia: «muchos a los que la Fortuna ensalza luego de repente los abate y pisotea». Para Tiberius Larcius la admonición no podía ser mas ridícula. En los últimos años su patrimonio se incrementaba sin pausa. Tierras fértiles, viñedos, ganado, una pequeña flota, numerosos esclavos, su magnífica villa Aurea y, sobre todo, la creciente e inocultable envidia de conocidos, clientes y algún cuestor le daban la exacta medida de su éxito.

Una y otra vez se había beneficiado con el lucrativo comercio, las crisis que brindan inescrupulosas ganancias y una aptitud filosa para la usura, disimulada en afable solicitud. Los meses venideros aportarían comicios y ahora sus amistades lo propondrían como edil. Controlaría el mercado, las tiendas, organizaría los juegos para la plebe...Más riquezas, expansión y prestigio. Era hora de dar señales de agradecimiento a los dioses.

Traspasó el vestíbulo y en el atrio iluminado por el mediodía lo recibió un anciano sirviente. Llama a Marcellus, le ordenó con prisa mientras caminaba hacia el peristilo. Se aposentó en el tablinio, aguardó unos instantes y llegado el cocinero lo exhortó sin ahorrar

ansiedad: prepárate para el banquete más trascendente de tu incomoda existencia. Mañana, a la hora nona, comenzará el festín. Nadie olvidará a Tiberius Larcius.

II. La servidumbre es difícil. Mal paridos, mal alimentados, mal criados, los esclavos son ingratos. Los hay genuflexos y sumisos, vencidos. También los hay dóciles y amables, con vocación de servicio, pero son una minoría. Muchos, rebeldes, tributarios de la férula y el rigor. Lamentablemente los castigos sólo tonifican su resentimiento. Si se los trata con bondad confunden al amo con pastor. En la mayoría de los esclavos se esconde un conspirador, ladino y cobarde, agazapado en los escombros de su debilidad pero resistente. Por cierto, de vez en cuando, el azar, la suerte o los lares nos conceden un buen siervo, pensaba Tiberius Larcius.

Marcellus, próximo a los cincuenta años, de obesidad circumscripita al abdomen, las mejillas y las manos, de ojos pícaros y sonrisa fácil, había nacido en Julia Gemella Acci, Hispania. Confiable, manso, leal y consecuente, era un incondicional amante de la cocina y del vino. Artífice inagotable de manjares: Tiberius Larcius le debía gran parte de su renombre como anfitrión inigualable.

De nacimiento dudoso en Aquinium, Campania, Decimus Iunius era tan lúcido como sensible y dotado de una extraordinaria memoria. Aún no había cumplido los veinticinco años; la poesía, la oratoria, el griego y el latín se daban en él con prodigiosa naturalidad. Treinta mil seistercios, varias mulas y buenos caballos había pagado Tiberius Larcius por él en Roma. Y ya el joven se les había hecho recuperar con creces, por su consejo a menudo perspicaz y su indudable habilidad en la confección capciosa de documentos y contratos.

El arrogante amo sentía por ambos siervos una renovada gratitud, que cuidaba de no explicitar. El

día de la cena imaginada estaba próximo. Marcellus y Decimus Iunius serían, sin sospecharlo, sus protagonistas extremos.

III. Cuando la misma mañana del banquete Tiberius Larcius le comunicó su plan a Livia Pompea sólo encontró una indignada resistencia a aceptarle de buen grado, proporcional a la infausta sorpresa que en ella provocaba. Sin embargo, no tardó en comprender que su marido tramaba algo superlativo. Tan inusual como contundente, esa decisión le traería ingentes dividendos futuros y de eso se trataba, al fin y al cabo, la esencia de convocar a un banquete. Una excentricidad memorable podría valer más que cualquier burda ostentación de lujuria pensó Livia Pompea, mientras terminaba de sellar el acuerdo de complicidad con su esposo. Ajenos a las oblicuas especulaciones, los sirvientes ya se desplazaban excitados por toda la villa; se frecuentaba la cocina, se adornaban los aposentos con flores mediterráneas y se acondicionaban los amplios triclinios que daban al jardín estival. Transcurrida la hora nona, comenzaron a llegar los invitados.

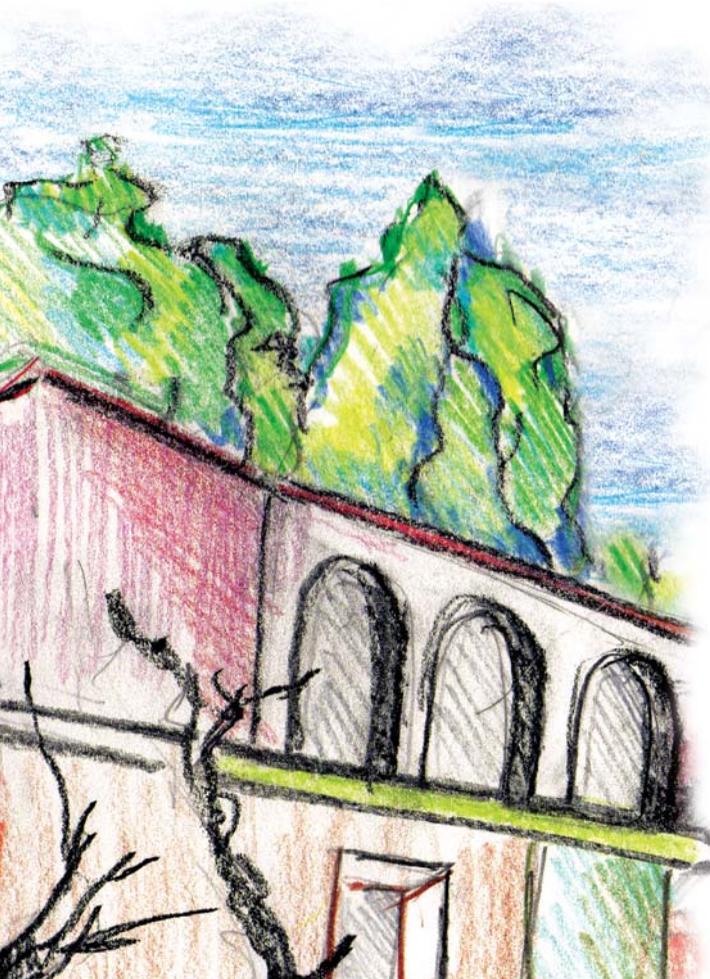


IV. Como ordena la buena costumbre, una vez practicada la ablución de las manos y reunidos todos los comensales, Tiberius Larcius inició un discurso de salutación, bienvenida y auspicios de buena ventura. Cuando todo parecía encaminarse a la *gustatio*, primera parte del banquete, el anfitrión hizo una inesperada pausa en su alocución y, luego, martilló el suspenso con una prepuerta inaudita.

Tengo un magna anuncio que hacer, expuso con teatral impostación. En el transcurso de esta cena se establecerá un certamen sin precedentes. Y prosiguió con grandilocuencia: por un lado, Marcellus, nuestro cocinero, deberá deleitarnos con sus manjares exquisitos y por otro lado, Decimus Iunius, nuestro poeta, deberá conducirnos al éxtasis espiritual. De este modo, se confrontarán el arte gastronómico y el arte poético y quien logre despertar el mayor placer en nuestros sentidos, hasta la embriaguez, será, a partir de mañana... liberto, si liberto, enfatizó, habéis escuchado bien... ¡libre para siempre desde Britannia hasta Carthago! Y continuó exultante ..., que Baco acompañe a nuestro cocinero y que Apolo y sus musas inspiren a Decimus Iunius. Vosotros, caros amigos, seréis los árbitros terrenales de esta contienda sin par. Para concluir, exclamó eufórico abriendo los brazos: ¡Que triunfe el hedonismo!

La absoluta perplejidad de los invitados pronto se transformó en espontáneas alabanzas para el anfitrión y concurrentes vociferaciones terminaron consagrando a Tiberius Larcius como «el magnánimo». Si la fabulosa Roma había tenido a su Licinius Lucullus, de ahora en más, su hija menor, la inquieta colonia Cornelia Venerea,- Pompeya-, albergaría en su seno a Tiberius Larcius.

De inmediato se sirvieron los primeros entremeses: una fuente con calabazas cocidas condimentadas con pimienta y comino molidos, un poco de ruda, vinagre y aceite de oliva, y otra con dátiles rellenos con nueces y fritos en miel cocida. Se adicionaban unos



multiplicados platos con garbanzos hervidos, deliciosamente preparados con huevos, hinojo y garo espeso.

Bellos esclavos se dispusieron a escanciar una deliciosa mezcla de vino y miel, mientras Marcellus, asistido en la cocina por dos matronas, ornamentaba una elíptica bandeja con finas capas de lechuga, anchoas, aceitunas negras y alcaparras y en otra reemplazaba las anchoas por champiñones y ostras recién traídas.

Nunca antes había imaginado aquel cocinero elemental que hortalizas y condimentos serían sus aliados incondicionales. Cada verdura, cada pescado, cada ave y su carne preparada adquirirían, súbitamente, estatus de salvoconducto para alcanzar su libertad.

V. Los últimos colores del cálido atardecer se demoraban en el jardín perfumado de la villa, haciendo más propicia la cena. En una habitación contigua a los bulliciosos triclinios, Decimus Itmius urdía una apresurada estrategia, que neutralizara, al menos, los primeros embates gastronómicos. *¿Podría un conjunto heterogéneo de comensales, pronto ebrios, encontrar deleite alguno en sus recitados y cánticos? ¿Podrían los voraces invitados saciar su apetito y a la vez disponer el ánimo para versos y metáforas? ¿Podría asistirle a la Poesía una fortuita oportunidad de derrotar a la Gula? La desventaja era ostensible, razoné con temprana resignación. Mientras el cocinero tendría como súbditos a los sentidos de la vista, el olfato, el tacto y nada menos que el del gusto, él debería arreglárselas con la modesta lealtad del oído de los asistentes y, en el mejor de los casos, una actuación histriónica podría sumarle algunas miradas de aprobación.*

Un mancebo interrumpió abruptamente las cavilaciones del poeta. Lo requería el amo; debía asistir, hacer su entrada, impresionar a la concurrencia.

De armonioso rostro griego y cuerpo juvenil, ataviado con jubón corintio y sandalias plateadas, Decimus Iunius, como un Adonis de provincia, concitó admiración preliminar en la audiencia. Su voz envolvente ensayo un panegírico inaugural, con voluptuosa adulación a su amo. . . *Nada entre los cielos y la Tierra es más digno de veneración que la magnanimidad de los elegidos, y Vos, generoso Tiberius Larcus, estáis entre ellos.*

Con efectistas aliteraciones y alusión a divinidades mayores el poeta-esclavo fue tejiendo sinonimias entre el anfitrión y la excelencia. Mucho mas vanidoso que sensato, Tiberius Larcus se embriagaba de satisfacción descubriendo, con máxima credulidad en el discurso,





virtudes romanas, que nunca antes había sospechado en su persona. Las ruidosas adhesiones de los invitados y el gesto pletórico del anfitrión indicaban a las claras que Decimus Iunius había acertado.

VI. En copas de murrina, que aumentaban la fragancia, algunas damas se permitían aperitivos: suaves vinos de rosas, ajeno o violetas. La luna creciente se facetaba con ondulante asimetría en las fuentes gemelas de Venus y Diana. El sonido transparente y fresco de las aguas y los aromas de la cocina invadían sin limitación el patio y las habitaciones más próximas. Mientras tanto, Marcellus preparaba con artesanal esmero y celeridad extrema las réplicas que la *summa cena* demandaba.

Recostado en un lecho arqueado, desde su lugar de honor, Tiberius Larcius presidía el ágape con enorme beneplácito mientras bebía de su cáliz de oro, con estudiada mesura.

Marcellus ya sabía: *primero pescados*. Imponentes rodaballos, escaros, salmones y lenguados con exquisita salsa de hierbas a base de pimienta, comino, cilantro, jengibre, orégano y miel eran recibidos con soberbia aprobación. Para contrarrestar el ataque, Decimus Iunius había elegido a Horacio y Virgilio, sin lograr mayor auxilio de sus hexámetros.

El apetito de los comensales se incrementaba con la continua circulación de tentadores platos. En salsa de anís, menta, perejil y puerros irrumpieron unas tórtolas bien cocidas y un inmenso pavo real dorado, todo preparado de suerte tal que el conjunto simulaba un Neptuno y las Nereidas. Una pata del pavo sobresalía como tridente...Marcellus podía oír las exclamaciones, incuestionables signos de explícita admiración, que jugarían en su beneficio, en tanto y cuanto supiera estimularlos hasta el fin de aquella bacanal irreplicable.

Serían las mujeres, preservadas del vino, quienes, avanzada la cena, podrían inclinar la balanza a su favor, intuyó Decimus Iunius. Con magistral oportunismo asestó un golpe mortal a un grupo de damascos y cerezas, que acompañaban a tres pollos Hitos, trozados y sazonados con una pasta agridulce de membrillos y almendras. Por cierto, maravillosos dísticos elegíacos y endecasílabos del consagrado Catulo, acompañados con delicado tañido de su lira, habían encontrado íntimo eco en la feminidad.

Algunos hombres conversaban y hasta discutían con vehemencia alcohólica ignorando a Ovidio. Ácidos

epigramas, nuevamente de Catulo, satirizando con soma la ordinariez reconstituyeron el interés de comensales disipados. Livia Pompea y sus amigas, exaltadas, festejaban al poeta y su intérprete. Marcellus se puso en alerta. ¿Podría perder su libertad asesinada por versos alejandrinos?

VII. El calor de la cocina, humos diversos, leña, vasijas, recipientes de terracota, ollas sobre el fuego, voluminosas ánforas, reducido espacio. Sus rellenas compañeras, solidarias en la incomodidad, se habían conjurado con Marcellus prometiéndole que entregarían sus almas para hacerlo liberto. Instante cardinal para invadir con sabrosos lomos de cerdo y corderito, finamente cortados, y mezclados con ciruelas y hortalizas.

Con disimulada inquietud, Valerius se acercó a su amo y le comunicó al oído que había que comenzar a racionar el vino, cada vez más aceleradamente escaso. Tiberius Larcius, fastidiado, le indicó diluirlo con más agua caliente y miel. No obstante, de comun acuerdo con Livia Pompea, convinieron en adelantar la comissatio.

Frutas secas, guirnaldas de flores y ungüentos aromáticos para los comensales. Unas sensuales bailarinas, esclavas de Grecia y Oriente, ingresadas por orden del anfitrión, habían cautivado todas las miradas. La fiesta comenzaba a transformarse en leve orgía y unos improvisados versos procaces de Decimus Iunius encontraron magnífica recepción. Sin embargo, la mayoría de los hombres, en ebriedad jocosa, celebraba con griterío coral los deliciosos postres de un inspiradísimo Marcellus.

Tan cálidas como el día, las horas de la noche se habían precipitado y sin consuelo le arrebataban al esclavo-poeta sus últimos fragmentos de ilusión.

VIII. Detrás de Tiberius Larcius, el mural del triclinio mayor atrapaba, entre bermellones, verdes y dorados, el lúbrico beso de un sátiro y una ninfa sosteniendo una manzana. Con la suficiencia egregia de un emperador, el anfitrión convocó a los contrincantes y en su honor propuso un brindis final. Repartió exagerados elogios con falsa imparcialidad. En su interior sabía bien que no podía dejar ir a Marcellus.

Las elecciones se avecinaban, ofrecería otros banquetes y contar con un maestro cocinero serviría para ganar más influencias y favores. El bienestar de su esposa también dependía, en gran medida, de Marcellus y sus matronas. Por otra parte, entre sus crecientes allegados contaba con jurisperitos respetables, que lo asesorarían si fuera necesario. Parásitos adulones no faltarían. Y, en las festivas cenas venideras podría, por algunos sestercios insignificantes, costear el servicio de comediantes, acróbatas y músicos, que alegrarían a cortesanas y comensales. Ergo, podría prescindir de Decimus Iunius sin que se lo extrañara demasiado. Además, en los últimos meses le había parecido descubrir en Livia Pompea sugestivas miradas libidinosas hacia la masculinidad de su todavía joven esclavo, sublimadas en el descuido. . .La suerte ya estaba echada.

Por la autoridad que las leyes y el venerado Iupiter me confieren he decidido, a partir de esta misma noche, conceder la suprema libertad a mi siervo... Un abrupto silencio, tenso como el pulgar suspendido de un César, agigantó la inapelable sentencia, el nombre postergado... a mi siervo...

Decimus Iunius, proclamó infatuado con absoluta convicción. Los comensales celebraron la decisión brevemente. Las uvas de Baco, transformadas en elixir para los mortales, habían embriagado a casi todos y el festejo pronto se tiñó de disenso. Un coro espontáneo de beodos empezó a nombrar a Marcellus con creciente vociferación. El vino imponía



verdad, exigía justicia. Para aumentar el desconcierto del anfitrión, sus más leales amigos, también extraviados en ebriedad, sumaban al nombre del cocinero el de su amo y repetían, altisonantes, el epíteto de «magnánimo», horadando su arbitraria conciencia como un ariete lacerante y fatal.

¿Qué hacer? ¿Podía dudar, amputar su estima y contradecirse? ¿Era aconsejable mostrarse falible, vulnerable y permitir que torcieran su puño? Y, sin embargo, nunca podría llegar a perdonarse que una desacertada elección, a criterio de sus enardecidos invitados, enturbiara para siempre aquel agasajo dionisiaco, pensó Tiberius Larcius. Cerró los ojos, besó el rubí de su prominente anillo y, por instantes, ya en su omnipresente cargo de edil, el anfiteatro le ofreció toda su arena cruel y el combate encarnizado de los gladiadores y, entonces, escuchó más cercano el clamor de la muchedumbre, que gritaba hasta aturdirlo: ¡magnánimo, magnánimo, magnánimo! Cuando despertó de aquel ensueño grandioso, en un impulso devastador y ecuánime, también libero a Marcellus de su larga esclavitud.

IX. A la hora undécima del día siguiente, Decimus Iunius apresuraba su partida. Iría a Roma, próspera y resplandeciente bajo el imperio de Tito Flavio Vespasiano. En camino a Herculaneum, detuvo su caballo, obsequio tardío de Livia Pompea. En las últimas insurrecciones policromas del atardecer, el poeta comenzaba a disfrutar, como nunca antes, de

la fragancia agreste, la tenue brisa, la maravillosa libertad. Era joven y los dioses del destino le sonreían. Tiempo de un inicio, de un estallido, de un nuevo nombre; se llamaría Juvenal. ..

X. Otro día tórrido. En su habitación, Tiberius Larcius y su mujer analizaban prioridades. Un febril arrepentimiento lo había infectado y por nada del mundo deseaba dar por liberto a Marcellus. *La arbitrariedad es uno de los emblemas del poder, sostenía Livia Pompea, con tono enfático. Pronto serás edil, deberás aprender a ser ambiguo, profundizar eufemismos, refinar hipocresías, perfeccionar la traición. Nadie osará condenar tus veleidades; antes bien, las admirarán. Que Marcellus siga sirviéndonos es indubitable designio de nuestros dioses benefactores.*

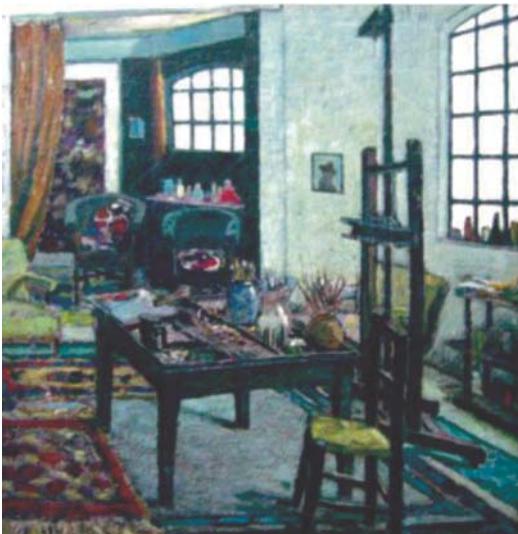
Por las empedradas calles Marcellus descendía hacia el puerto de Pompeya, a comprar pescados frescos para la cena de sus patrones. Pensaba en el mar, interrogaba su futuro, ignoraba el motivo de su postergada libertad. Alejándose de la ciudad se detuvo frente a un muro, que proclamaba: «soy tuya por dos ases de bronce». Era el noveno día antes de las calendas de septiembre, hacia la séptima hora. A espaldas de Marcellus, una extraña nube de humo negro, con forma de amenaza terminal, impacientaba la cima del monte Vesubio.



Un camino: pintar, pintar, pintar.

Por María Eugenia Bouza

«*Rincón del taller*» en 1927, representa su primera exposición ante el público como pintor intimista. Manuel Musto (1893-1940) conjuga su oficio de pintor con su solitaria cotidianeidad.



Manuel Musto «Rincón del taller», 1927, 90x90 cm.

Con permiso, ingresamos al taller de Manuel Musto. Si quisiéramos podríamos tocar todo lo que se encuentre a nuestro paso, sin tanto prejuicio como el de las madres sobre protectoras que piden exaltantes *por favor no tocar nada*. Considero que Musto no hubiese tenido ningún problema, es más, nos hubiera invitado a recrear la imaginación poniendo un pincel y una paleta de colores en nuestras manos.

Este taller seduce e invita a pasar. Los colores resurgen en el espacio luminoso creando una atmósfera cálida. ¡Cómo no despuntar el oficio de pintor!

“**TODO CONSISTE EN
MANTENERSE EN EL
CAMINO RECTO, ES
DECIR EL QUE UNO
LLEVE EN SÍ MISMO**
PAUL GAUGUIN

Percibimos que el espacio ilusorio tridimensional detalla la amplitud de la habitación. Las líneas imaginarias convergen en un punto ubicado a la izquierda del cuadro, detrás de la cortina o telón naranja.

Observamos, en primer lugar del plano una silla de perfil cuyos materiales aparentan ser de madera y mimbre amarillo. La idea «mimbre-amarillo» es generada a partir de la textura como elemento plástico que enriquece la expresividad de los elementos compositivos. El color matiza y refuerza la intención de percibir dicha superficie.

La mesa se presenta en dirección al punto de convergencia anteriormente nombrado, sobre ella: contenedores -quizás de cerámica, vidrio o metal- y en su interior pinceles, muchos pinceles. A la derecha de la tabla cargada de paletas -o quizás la tabla misma utilizada como paleta de gran dimensión-, se suma el caballete o atril, soporte de sus bastidores entelados.

Es evidente que Musto sabe ubicar sus herramientas para trabajar, dispone sus objetos de tal modo que la luz incida sobre ellos, presenta el caballete cercano a la ventana instalada como fuente lumínica.

Los objetos cotidianos como sillones, jarrones, telones, alfombras generan el



«La cortina verde», 94 x 125, 1937.

carácter cálido y acogedor de esta imagen. Quizás en lo formal podría resultar como un muestrario de naturalezas muertas o un «catálogo de posibilidades plásticas» como bien lo expresa Adriana Armando en *Figuras de mujeres, imaginarios masculinos*¹.

Los cuerpos femeninos representados en el recinto de cortinas verdes para lápices de carbonilla, muestran la innovadora composición de resolver el espacio en diagonales olvidando la mancha y trabajando con planos de colores contrastantes.

El despertar de la vocación

El oficio de Manuel Musto era el de pintor y no cabe duda de ello.

Cuenta Montes y Bradley que de niño se escapaba de la siesta para ir a dibujar. Las flores, los árboles frutales, la huerta, el corral de gallinas y gansos en el patio de su casa resultaban temas adecuados para perpetuarse en el cuaderno de croquis. Manuel no tenía otro propósito más que pintar, «parecía que la pintura le tranquilizaba el espíritu tan fuertemente llamado a la cruda realidad de las pasiones [...], que es la vida»².

La familia Musto apoya su vocación y Manuel concurre a la Academia de Fomento de Bellas

Artes dirigida por Ferruccio Pagni, pintor italiano instalado en la ciudad como otros artistas en los primeros años del siglo XX. Acompaña este emprendimiento su fiel amigo y pintor Augusto Schiavoni.

En 1914, Florencia será una nueva etapa. Casi con 20 años tomará el coraje y se embarcará en lo que será el estudio con grandes maestros.

Este viaje, además de proveerlo de la experiencia de vida en otras tierras, le otorga la tranquilidad de poder dejar atrás el sufrimiento provocado por una erupción en la piel, enfermedad que le causa desesperación, sobre todo por desconocer su origen.

Familia y amigos alientan su partida. En Italia contará con

el recibimiento de sus tíos. Podríamos decir que la vida de Musto estará atravesada por situaciones complejas y traumáticas. Este viaje se le presenta como la posibilidad de aligerar sus cargas psíquicas.

El renacimiento toscano lo abrazará gentilmente y hará pintar con loco ímpetu todos los temas que se presenten en lo cotidiano.

“TENER LA NOBLE RAREZA DE SER PROLIJO EN EL FRENESÍ Y CAUTELOSO CON EL OPROBIO DE LA VULGARIDAD ES UN BLASÓN DE CATEGORÍA INTERIOR”
JUAN FILLOY



«Sendero», 31 x 38 cm, óleo sobre tela, 1917

Una síntesis: experiencia europea y realidad local³

La naturaleza apasiona y entusiasma a un Manuel solitario, concentrado en el análisis y estudio de las primeras leyes del dibujo enseñadas por Pagni. No obstante adiciona los conocimientos de macchiaiolo italiano que le imparte su maestro Giovanni Costetti. Así, Musto consigue fundir estos conocimientos en su obra junto con ciertos conceptos del naturalismo luminarista tradicional.

«Lo real resulta por medio de manchas de color y claroscuro, cada una de las cuales tiene su propio valor, explica Adriano Ceccioni, teórico de los macchiaioli.»⁴ La forma se define por la

yuxtaposición de los colores, dando sentido a la distancia y a la idea de espacio y movimiento a través de la escala cromática.

Musto expuso trabajos en Milán. La muerte de su padre lo obliga a regresar a Rosario en 1916. Este es otro golpe en la vida de Manuel.

El tema del paisaje le permite exponer cierta sensualidad de colorista. De empastes pronunciados y pincelada opulenta, sus telas revelan la pasión de su oficio. Sus escenarios naturales, de paletas claras y de atmósferas vibrantes, se muestran plenos de luz.

«Sendero» de 1917 forma parte de una de las tantas telas donde Musto dejó su rúbrica. En el



«Paisaje», 79 x 79 cm, 1933



«Tarde de invierno», 91 x 91 cm, óleo sobre tela, 1923

ángulo superior derecho nos lo demuestra con su característica firma.

En la imagen se muestra un paisaje donde el camino/sendero, toma una curva ascendente hacia la izquierda. La regla compositiva de los tercios queda en evidencia, el horizonte no se encuentra en el medio vertical del cuadro.

La técnica impresionista se manifiesta a través de las leyes de los complementarios. Las formas de los objetos representados se difuminan en una homogénea atmósfera lumínica. El modo sensual del color y de la materia se trasmite por toda la tela.

A la derecha del sendero se observan unas construcciones que, en relación de proporción a los árboles laterales, aparentan ser de gran escala. Los techos a dos aguas encuentran semejanza a tinglados de galpones, talleres o fábricas.

Estos galpones que denotan trabajo, esfuerzo, dedicación, responsabilidad, compromiso no son más que analogía con la vida de Musto, quien se mantuvo en su camino, en el sendero que lo llevara al incansable oficio y majestuosa tarea de pintar.

Al momento de su muerte, en 1940, legó tanto sus telas como su casa a la Municipalidad de Rosario. Gracias a su voluntad, hoy día, la

colección del Museo Municipal de Bellas Artes «Juan B. Castagnino» cuenta con una cantidad importante de obras de su autoría.

Su antigua vivienda del Barrio Saladillo, en la zona sur de la ciudad, funciona como una Escuela de Artes Plásticas a la que se agregó la denominación «para obreros y artesanos». Comenzó a funcionar en octubre de 1945 bajo el decreto que establece que «la escuela tendrá por objeto preparar, orientar y perfeccionar a los jóvenes que demostraran vocación artística»⁵.

«Porque así era Musto»⁶.

CADA OBRA DETERMINA DESDE
ADENTRO LA FORMA Y EL
ESTILO EN QUE DEBE SER
REPRESENTADA. LA INTUICIÓN
DEL ARTISTA ESTÁ EN
ESCUCHAR LA ORDEN SECRETA
O EN DESCUBRIR LA CLAVE
MISTERIOSA, ANTES DE
COMENZAR A PLASMARLA.
MUSTO OYÓ ESA VOZ.
JUAN FILLOY

¹ ARMANDO, Adriana, en: AAVV catálogo exposición

«Figuras de mujeres, imaginarios masculinos. Pintores rosarinos de la primera mitad del siglo XX». Fundación Osde, Rosario, 2009, p

² MONTES I BRADLEY, R.E. «El camino de Manuel Musto», Rosario, Hipocampo, 1942, p40.

³ LOPEZ ZAMORA, Delia, en: AAVV catálogo exposición «Obras del Museo Castagnino, Secretaría de Cultura y Educación, Municipal de Rosario, 1996, p 48-9.

⁴ AAVV catálogo exposición: La sociedad de los artistas. Historias y debates de Rosario. Museo Municipal de Bellas Artes Juan B. Castagnino, Rosario, 2004.

⁵ Decreto N° 3684, Art 1 en CANO DE BITETTI, Olga Ethel. Aporte para la historia de la pintura en Rosario 1900-1940. Rosario. Editorial Municipal, 1998, p46.

⁶ MONTES I BRADLEY, R.E. «El camino de Manuel Musto», Rosario, Hipocampo, 1942, p73.



«Tarde de otoño», 91 x 91 cm, óleo, sin fecha



«El corralito», 90 x 90 cm, óleo sobre tela, 1927

La Omisión y la Desvergüenza

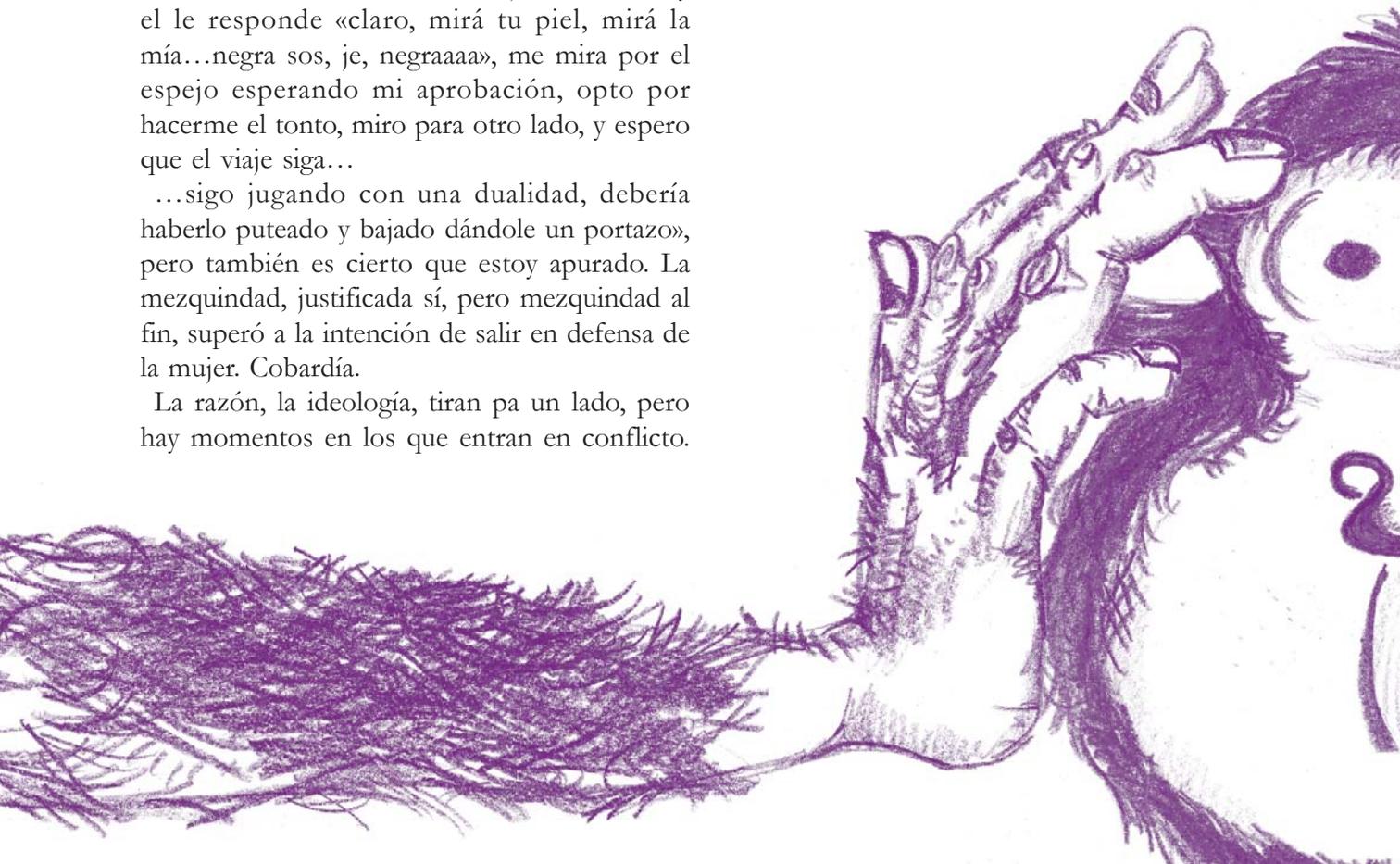
Por Luis Straccia

Me subí al remis, sumamente apurado. Debía entregar un medicamento con cierta urgencia. El tipo, macanudo, comenzamos el viaje hablando de esas cosas que uno sabe que no lo comprometen por más de 10 minutos. En un semáforo, realiza una maniobra absurda. Le hecha un «fino» a un modesto 147 que esperaba la luz verde, conducido por una mujer que estaba acompañada por su hija.

En esa estúpida maniobra, le rompe el espejo derecho, y sigue su camino por unos pocos metros. La mujer lo insulta. El remisero retrocede y se pone a la par, y le dice «que bonito, linda forma de hablar»...la mujer contesta...y el le responde «claro, mirá tu piel, mirá la mía...negra sos, je, negraaaa», me mira por el espejo esperando mi aprobación, opto por hacerme el tonto, miro para otro lado, y espero que el viaje siga...

...sigo jugando con una dualidad, debería haberlo puteado y bajado dándole un portazo», pero también es cierto que estoy apurado. La mezquindad, justificada sí, pero mezquindad al fin, superó a la intención de salir en defensa de la mujer. Cobardía.

La razón, la ideología, tiran pa un lado, pero hay momentos en los que entran en conflicto.



«Los Tres Monos Sabios» Sus nombres son Kikazaru (no oye), Mizaru (no ve) y Iwazaru (no habla). Según la leyenda, eran los mensajeros de los dioses, enviados para delatar las malas acciones de los humanos

Lo colectivo contra lo individual.

Por lo general, el hecho del pecado implica la prohibición. Y como bien se sabe, donde existe prohibición es porque existe el deseo. El problema se suscita, cuando uno peca no por cometer el hecho en sí, sino por no realizar la acción que evitara un mal.

Claro que esto tiene también sus particularidades, vinculadas de manera directa a uno mismo y sus circunstancias. Pasando en limpio, sería algo así como ponerse a considerar cuáles son las posibilidades concretas de intervenir en el hecho en cuestión y, en todo caso, modificarlo.



Este tipo de acciones, conllevan también asumir compromisos militantes para con uno mismo. Y es que si bien el pecado es social, cuando éste es secreto para terceros, uno asume un doble papel, por un lado se convierte en pecador —el que comete una culpa—, por otro es el juez —quien determina la sanción que le cabe.

Y la verdad es que hay veces que resulta dificultoso caminar junto a uno mismo. No por el hecho de desear a la mujer del prójimo, ni por pecar de pensamiento, sino más bien porque a uno se le van conformando murallas que parecieran inmunizarlo ante determinadas situaciones. Pero las mismas, a veces ceden y dejan al descubierto miserias que creemos hemos aprendido a sobrellevar, y que sin embargo nos abofetean con fuerza.

Podemos pasar 20 veces junto al pibe que pide monedas en el semáforo, y recién a la número 21 mirar realmente al pibe y darnos cuenta de



eso, de que es un pibe. Podemos mirar el diario y ver los avisos pseudoeróticos que muestran a las mujeres que se ofrecen cual ganado, e incluso bromear con los compañeros de oficina, sin ver el tráfico que se oculta, ni la desgracia, el infortunio ni la necesidad de quien se prostituye voluntariamente -en el mejor de los casos- o por la fuerza en gran parte de ellos.

Los ejemplos pueden ser variados, y sin dudas, múltiples. Pero, retomando el tema, si el pecado es social, y los demás no reaccionan ante él, no debería yo estar exento de culpa?

La manifiesta rotura de lazos sociales, donde, poco importa lo que al otro le suceda, a no ser que pueda afectarme de manera directa, o a que en todo caso experimente el temor de poder verme en su misma situación, pone sobre el tapete la necesidad de reformular las vinculaciones.

Porque esta rotura, nos ubica frente a su consecuencia directa, que es la pérdida de confianza en el otro, y como consecuencia indirecta, en la pérdida de confianza en uno mismo.

La omisión, se ramifica.

Como una enfermedad terminal, la omisión se ramifica, se expande.

Con la omisión, lo que ocurre en realidad es que hay cosas -cada vez más- que nos dejan de importar. Nos podrán conmovir, nos podrán sensibilizar, podremos lagrimear un rato, pero de ahí a afirmar que realmente nos importan hay un largo camino.

“ A LA TRISTEZA TE ACOSTUMBRAS
A LA RUTINA TE ACOSTUMBRAS
A LA POBREZA TE ACOSTUMBRAS
A LA DERROTA, TAMBIÉN TE
ACOSTUMBRAS¹ ”

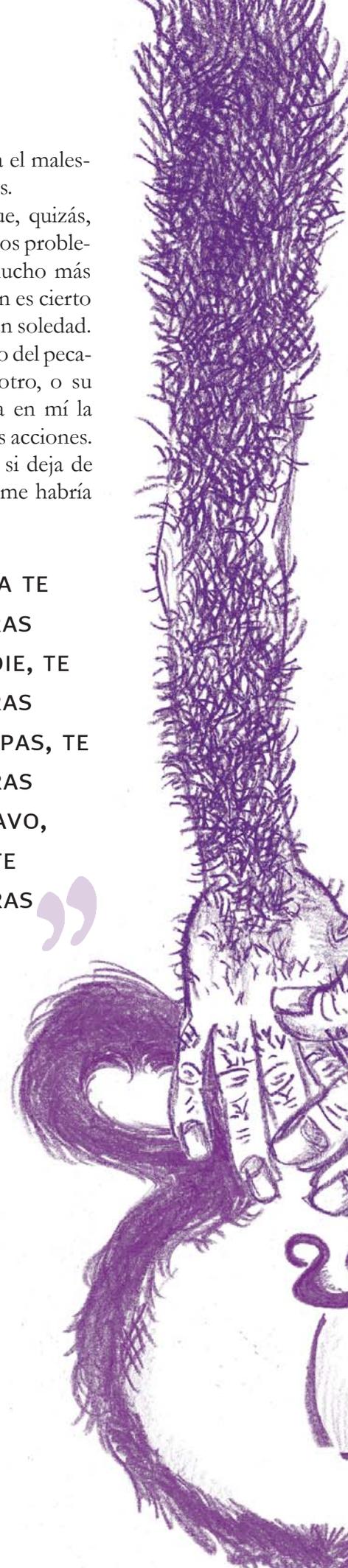
El omitir ciertas cosas, ignorarlas, nos permite vivir en un mundo que se fragmenta, que no es el mismo en el que crecimos y ni mucho menos para el que fuimos preparados. Pero el hecho de

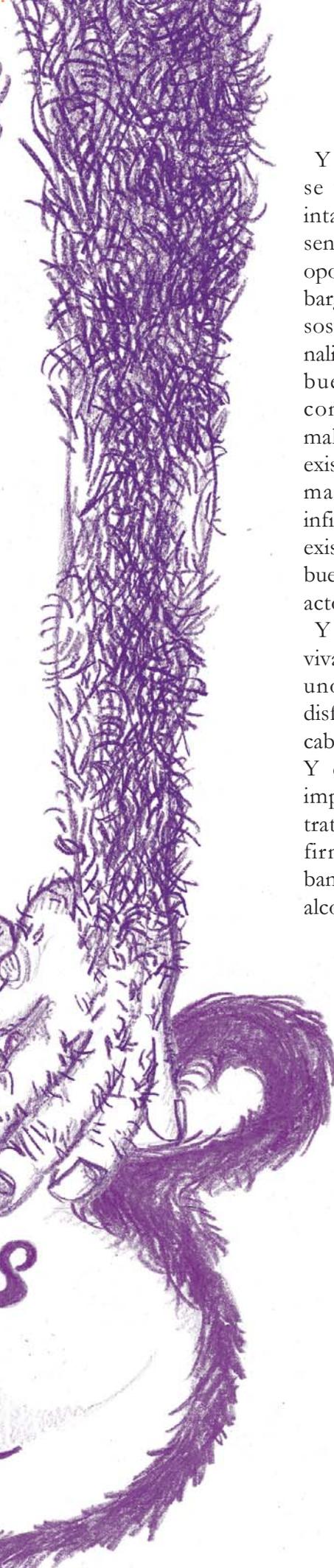
sobrevivir no nos saca el malestar. No nos quitapenas.

Sí podemos decir que, quizás, asumir como propios los problemas de otros, sería mucho más doloroso, pero también es cierto que es doloroso vivir en soledad.

Hablando en concreto del pecado, es la mirada del otro, o su juicio, quien despierta en mí la idea del cuidado de mis acciones. Si ese otro no está, o si deja de importarme, por qué me habría de afectar su juicio?

“ A LA BOBERA TE
ACOSTUMBRAS
A NO SER NADIE, TE
ACOSTUMBRAS
A AMAR DE CULPAS, TE
ACOSTUMBRAS
A SER ESCLAVO,
TAMBIÉN TE
ACOSTUMBRAS ”





Y es ahí dónde el pecado se vuelve cada vez más intangible. Porque representaba a lo malo que se oponía a lo bueno. Sin embargo, en medio de discursos fragmentarios, personalistas y posmodernos, lo bueno se esfuma. Y la consecuencia es que lo malo lo acompaña. Si no existe un paraíso, se cae de maduro que no hay un infierno, y si no creo en la existencia de uno y de otro, ¿bue para qué cuidar de mis actos?

Y ahí, bien que cada cual viva de la manera de cada uno, ya que se trata de disfrutar, porque al fin y al cabo sólo se vive una vez. Y entonces me vuelvo impune, rompo los contratos sociales que nunca firmé, y aunque parezca banal, le vendo cigarrillos, alcohol o poxi a un pibe,

“**A COMER MIERDA TE ACOSTUMBRAS
A LA HAMBURGUESA TE
ACOSTUMBRAS
AL SEXO FRÍO TE ACOSTUMBRAS
AL MAL TRATO, TAMBIÉN TE
ACOSTUMBRAS**”

cruzo el semáforo en rojo, le arrojo piedras al arquero contrario desde las tribunas, desvío fondos públicos en provecho personal, festejo la borrachera de mi hijo... y otra que «Cambalache», cada vez se vuelve más difícil encontrar quién te enseñe a patear la calle y ni que hablar de enseñárselo a nuestros hijos.

El pecado en este caso, no sólo tiene que ver con aquello que uno haya hecho, el mal causado, sino con lo no hecho, con lo que pudo evitar y no hizo.

Es cierto que ya demasiado es el peso que llevamos sobre las espaldas, condicionados por la limitación social hacia aquello que nos gustaría hacer, que satisfaga nuestras necesidades, pero que por el mero hecho del acuerdo social que se presenta al momento de entablar la vida en comunidad, debemos postergar, posponer, al fin como para sumarle a la prohibición de un hecho, el peso de la culpa por lo que se podría haber hecho.

“**A LA VIOLENCIA TE ACOSTUMBRAS
AL NOTICIERO TE ACOSTUMBRAS
A LA CARETA TE ACOSTUMBRAS
A LA MENTIRA, TAMBIÉN TE
ACOSTUMBRAS**”

Sin embargo, el pecado de la omisión —cuando es consciente— es una forma de hablar de los condicionantes presentes en la ejecución o no de la acción, pero también es hablar de la hipocresía.

Este es el caso del pecado típico de la señora gorda, de misa de los domingos, que desvía su mirada ante el pibe de la calle, pero también lo es de esos músicos que se reúnen para dar su arte de manera gratuita y así juntar fondos para «los desamparados de...» y del público que consume de manera intrascendente su música y, tangencialmente, su causa.

Al músico, le importa realmente «el desamparado de...»? o consigue así la publicidad buscada a bajo costo?. Al que asiste al recital, le importa realmente el desamparado de...», piensa en serio que con un alimento no perecedero o con pagar una entrada a bajo precio se soluciona la miseria del «desamparado de...»?

Si realmente importara, las acciones mencionadas no serían siquiera citadas, dado que hubieran sido reemplazadas por otras que realmente solucionaran el problema de fondo del desamparado de...»

Más que sociedad, o comunidad, es un conjunto de individuos que sólo reaccionan espasmódicamente, cuando sienten que le pisan un cayo, su propio cayo. No más.

Entonces, el pecado deja de serlo, se esfuma. Porque a nadie importa, o mejor dicho a nadie más que a la víctima. El pecado, el mal cometido no escandaliza de manera real, sino que queda bien en determinadas circunstancias mostrarse consternado por lo que se presencia, es lo que se llama ser *políticamente correcto*. Pero no escandaliza.

“ Y SE TENÍAN QUE IR
PERO LA COSTUMBRE ES TAN
FUERTE NENA
QUE AÚN ESTÁN AHÍ
HASTA QUE EXPLOTE
ESPERA Y VERÁS ”

“ AL AIRE ENFERMO DE LA CIUDAD
AL VINO MALO Y A LA RESACA
A QUE TE CAGUEN TE
ACOSTUMBRAS
A CUALQUIER MODA TAMBIÉN TE
ACOSTUMBRÁS ”

Pero no seamos injustos, ni caigámosle con tanta dureza ya sea al músico o al espectador. Ninguno de ellos surge por generación espontánea. Son el resultado de una sociedad que no es otra cosa que una sociedad sin vergüenza —que cada vez se ruboriza menos ante las injusticias que genera—, es una sociedad que ha perdido su capacidad de indignarse.



Si realmente lo hiciera, el músico pondría algo de dinero –o más- y el espectador algo más que un alimento no perecedero. La acción en pos del «desamparado...» iría, o tendería a ir hacia abordar de manera concreta las condiciones que posibilitan la existencia o aparición del «desamparado...».

Las acciones que ambos actores realizan, se asemejan a la del que se confiesa ante el cura. Con el simple hecho de contarle a un tercero el mal realizado, uno ya está más cerca del cielo.

El acostumbramiento

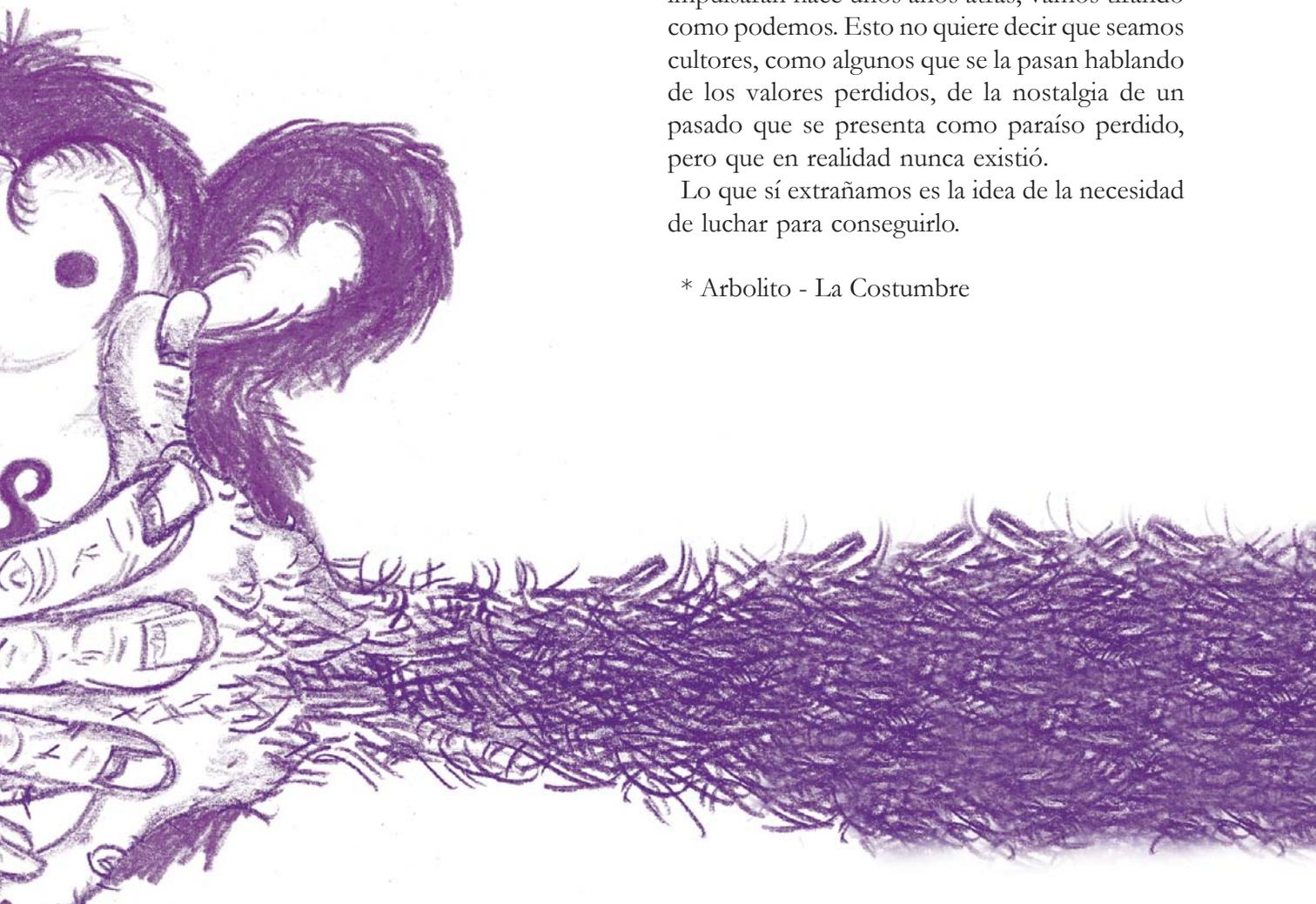
Nos vamos acostumbrando/resignando, a la pérdida de la empatía, esa humana cualidad de sentir lo que al otro le pasa, como si le pasara a uno. Mal pero acostumbrado diría don Inodoro Pereyra.

“ NUNCA ME ACOSTUMBRARÉ
A ESA SEÑORA BUSCANDO BASURA
EN LA PUERTA DE MI CASA
NUNCA ME ACOSTUMBRARÉ
A TU CARITA DE HAMBRE PIDIÉNDOME
ALGO PARA COMER
NUNCA ME ACOSTUMBRARÉ
A TU BARRIO DE LUJO ENFRENTA DE
LA VILLA
NUNCA ME ACOSTUMBRARÉ
A VER TU BANCO VACÍO EN LA
ESCUELA
TE FUISTE A TRABAJAR...” ”

En medio de la sociedad Frustrada en su consecución de los grandes ideales que la impulsaran hace unos años atrás, vamos tirando como podemos. Esto no quiere decir que seamos cultores, como algunos que se la pasan hablando de los valores perdidos, de la nostalgia de un pasado que se presenta como paraíso perdido, pero que en realidad nunca existió.

Lo que sí extrañamos es la idea de la necesidad de luchar para conseguirlo.

* Arbolito - La Costumbre



El pecado de..¿ No ver?

Por Silvia Pisano

Cuando me invitaron a escribir sobre el pecado, mi mente de adulto se trasladó a mi primera confesión. Aquella con la que había que cumplir para poder tomar «La Primera Comuni3n», teniendo apenas ocho a3os de edad.

Y recuerdo esa larga fila de ni3os, en la inmaculada, bella, imponente, inmensa iglesia de mi pueblo, en donde todos esper3bamos con cosquillas en la panza y un nudo en la garganta a que llegue nuestro turno de contar todo lo mal que hab3bamos hecho en nuestra corta existencia.

Por suerte, un paso m3s adelante, estaba mi amiga incondicional de la infancia.

Aquella con quienes los juegos interminables que duraban desde que abrimos los ojos hasta que ca3a la noche, eran un episodio 3nico cada d3a.

Eso daba cierta seguridad.

A3n as3, las manos se empapaban pensando en la penitencia que nos dar3a el

sacerdote cuando le cont3ramos todos nuestros pecados.

Todo esto hasta que por fin est3bamos muy cerca y le toc3 el turno a mi amiga entra3able e inseparable.

Ella empieza a hablar en voz baja pero... yo estaba tan cerca que fue imposible no escuchar.

Hasta el d3cimo pecado, todo era conocido para m3 porque hab3bamos hecho la lista juntas.

De pronto, ella baja a3n m3s la voz y balbuceando, confiesa que le hab3a robado tres limones a mi pap3 para jugar a la comidita con otra vecina, un d3a que yo estaba en cama, enferma.

¿C3mo yo no sab3a nada? ¿C3mo hab3a robado? ¡Eso era traici3n!

Ah3 no m3s, olvidando d3nde est3bamos empezamos a discutir.

Y la discusi3n termin3 en tirada de pelos. Y la tirada de pelos termin3 con el cura saliendo del confesionario y sent3ndonos a las dos en un banco de la iglesia para darnos el gran serm3n de nuestras vidas.

La verdad es que ya no recuerdo qu3 nos dijo ese viejo cura. Lo que s3 recuerdo es cu3l fue la penitencia: 50 Padre Nuestro y 50 Ave Mar3a recitados al un3sono y mir3ndose a los ojos.

Obvio que cuando 3bamos por la cuarta parte del largo rezo ya nos hab3bamos olvidado de los limones, la pelea, la

tirada de pelos y el sacerdote nos retaba porque hac3bamos muecas, nos re3amos y nos salte3bamos partes de la oraci3n, lo cual nos provocaba m3s risas a3n.

Hoy, que recuerdo esto con una prudente distancia, entiendo el valor de aquella ense3anza:

“ LA TIRADA DE PELOS
TERMIN3 CON EL CURA
SALIENDO DEL
CONFESIONARIO Y
SENT3NDONOS A LAS
DOS EN UN BANCO DE
LA IGLESIA ”

mírense, reconózcense, tolérense y traten de construir juntas en lugar de enfrentarse. Manejen su ira.

Esa ira que enceguece el ver y la mirada, no sólo de la situación sino también de los protagonistas, de los actores sociales que son parte.

Así ocurre que no puedo dejar de preguntarme por aquello que miro y no puedo ver, por aquello que miro y no quiero ver, en cada nueva situación, con cada nuevo protagonista.

Y detengo mi mirada en una situación casi cotidiana que observo desde mi asiento solitario de algún micro.

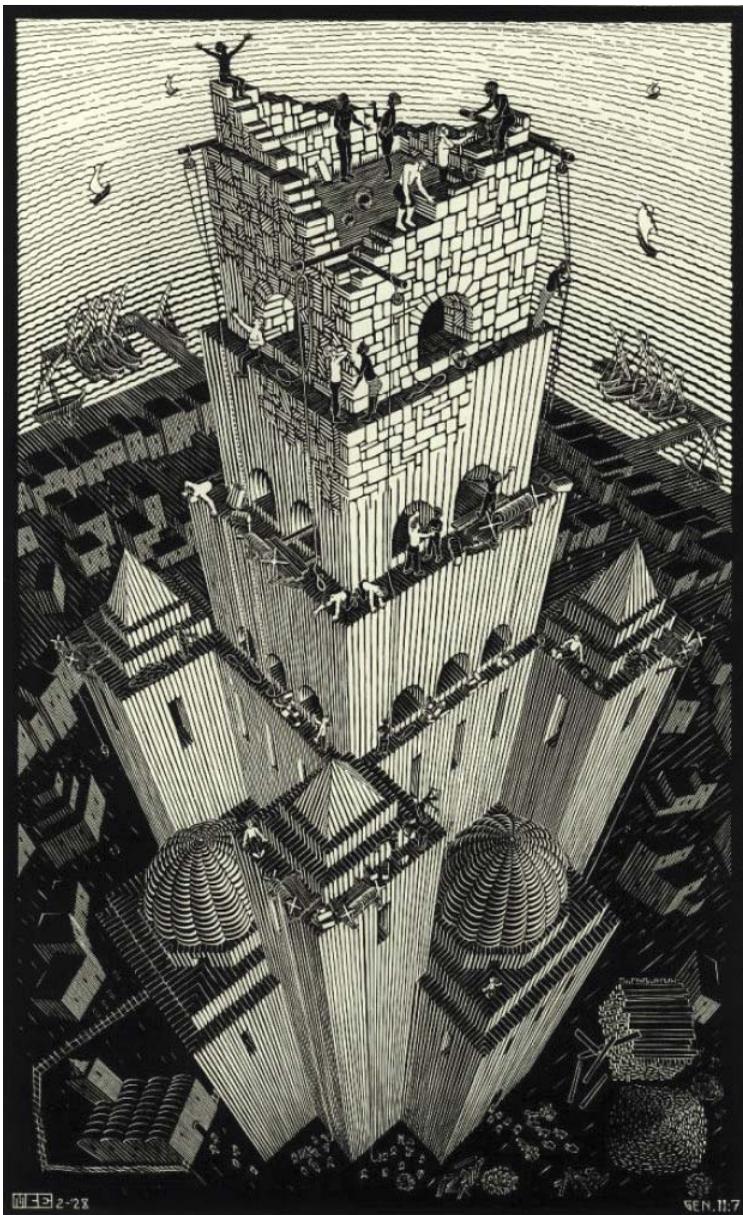
Afuera, caos de tránsito. Los autos se cruzan en la calle taponando cualquier hueco por donde se pueda pasar, los camiones intentan avanzar como si nada hubiera en su paso y un chofer de colectivo que amenaza «mirá que éste es más grande».

Todos trabados, nadie cede, nadie da paso y todos quedamos inmovilizados durante horas.

En la avenida paralela no hay autos porque un grupo de manifestantes, con cánticos, banderas y pecheras que los identifican, reclama por algún plan de trabajo.

Mientras, algunos caminan a paso enérgico volviendo de su jornada laboral y maldiciendo la suerte de tener que soportar tal caos en un día de intenso calor.

Un anciano duerme tirado en la vereda sin enterarse de los bocinazos ni de los reclamos que



«Torre de Babel» de M.C. Escher

se proclaman a través del megáfono. Y un niño, sentado a su lado, pide monedas sin grandes resultados.

Sentados en un banco, cuatro adolescentes comparten un tetra que van pasando de mano en mano, mientras ríen quién sabe de qué. Si del anciano, del niño, de la señora que pasó apurada o de su propio mundo.

Dentro del colectivo una joven llora porque debía tomar un colectivo para pasar las fiestas con su familia, en un pueblo de Corrientes y ya había pasado más de una hora de su horario de partida. Perdió el valor del pasaje y sabe que será muy difícil conseguir otro antes de navidad. Está desesperada y sola.

Y me sigo preguntando cuál es la ceguera que tenemos como conjunto y que nos lleva a enfrentarnos, a no vernos, a no mirarnos, a no reconocernos, a no tolerarnos...

Es cierto que el ver y el mirar no son neutros y que dependen del punto de vista desde el cual se mire y se vea, con cómo y desde dónde se quiera ver.

Pero tampoco es neutra esa dependencia dado que, en tanto actos complejos, cultural y políticamente construidos, lo que conocemos y vemos en él depende, justamente, de nuestra pertenencia y participación de uno u otro régimen escópico, condicionando el modo de ver y de mirar.



Y SIGUE RETUMBANDO
EN MI MENTE AQUELLA
PRIMERA ENSEÑANZA:
MÍRENSE,
RECONÓZCANSE,
TOLÉRENSE Y TRATEN
DE CONSTRUIR JUNTAS.



Nada es distinto con el resto de los pasajeros. Cada uno habla consigo mismo en voz alta maldiciendo la situación, a los manifestantes, al que duerme en la calle, al auto que se cruza.... A todo.

Y todo se vuelve agresivo, angustiante, sin salida. Sólo cabe la resignación o ver cómo sacar la bronca que la situación genera.

Y al observar esto como cualquier otra postal diaria, transfiero mis dudas hacia aquello que como sociedad nos imposibilita construir juntos en términos de comunidad, hacia las cotidianas situaciones de violencia de las que somos parte.

Así, con la posibilidad de múltiples verdades, más bien de múltiples apariencias, aparecen las miradas y posturas diferentes y, con ellas, distintas interpretaciones que entran en competencia entre sí porque se producen desde un determinado lugar de interés, el cual constituye la propia realidad.

Y sigue retumbando en mi mente aquella primera enseñanza: mírense, reconózcanse, tolérense y traten de construir juntas.

Es decir: hagan visible lo invisible.

Una in-visibilidad o una visibilidad que, en cualquier sociedad, se encuentran condicionados

por la historia, las instituciones que la modelan y modulan y las lógicas de poder político que inciden en el poder cognitivo, en tanto sujetos sociales.

Que en suma nos define como comunidad porque es lo que construimos como conjunto social y político.

Una in-visibilidad que cambia de lugar cuando la otredad abandona, en cierto modo, la idea de lejanía.

Cuando me reconozco en el otro. Cuando reconozco al otro. Cuando me puedo poner en el lugar del otro.

Un lugar desde donde podamos vencer las resistencias a aceptar que todos estamos involucrados, para empezar a ver que ese que

tan variadas que jamás puedan hallar un punto de encuentro?

Y pensando en aquella penitencia de hace tiempo, no puedo dejar de preguntarme...

¿Cuántas horas necesitaremos de sentarnos frente a frente para mirarnos, descubrirnos, encontrarnos, vernos y empezar a construir al unísono una comunidad que nos merezca y merezcamos?



“ ANTE TANTA CEGUERA
COMO CONJUNTO
SOCIAL...
¿ESTAREMOS ANTE UN
NUEVO PUNTO DE
INFLEXIÓN DEL
PENSAMIENTO? ”



«Caras» litografía de M.C. Escher (1898-1972), artista holandés, conocido por sus grabados en madera, xilografías y litografías que tratan sobre figuras imposibles, teselaciones y mundos imaginarios.

aparece es un igual, un nosotros. Es vencer los mecanismos para aislar toda carga de humanidad que han llevado a la individualidad, al sálvese quien pueda, a la fragmentación social. Y, lo que es peor, al enfrentamiento entre los fragmentos.

Ante tanta ceguera como conjunto social...

¿Estaremos ante un nuevo punto de inflexión del pensamiento?

¿Será que no queremos ver lo que nos duele?

¿Será que la amenaza de la proximidad de la in-visibilidad nos incomoda?

¿Será que no soportamos la alteridad geopolítica?

¿Será que las percepciones inconscientes son

Lo prohibido tiene cara de mujer

Por Lucía Di Salvo León



la muger, quando a su marido non á miedo nin teme, nunca puede seer buena

SENDEBAR, Libro de los Engaños.

Una mujer. Lo prohibido. El pecado. La carne llama a la carne pero la carne llama a la guerra. Ella contra el tiempo y la historia. Ella contra todo. De esta trinchera nadie se atreve a salir pero finalmente, el encuentro entre la bala con el cuerpo es inevitable. Frecuentar el deseo y todo aquello que se vincula con lo desmedido es caer otra vez en el lugar común, salir de la trinchera, entrar a la mujer.

*Alfonso X «El Sabio»,
soberano de Castilla y León
reinó entre 1252 y 1284.
Imagen de la época.*

Predicar con el ejemplo

Si nos situamos en la España de los siglos XIII y XIV, debemos pensar en la prosa como un fenómeno tardío con respecto a las primeras manifestaciones literarias (líricas y épicas) que eran orales y de carácter popular. Las composiciones más antiguas, destinadas a y compuesta por letrados, eran orales pero a finales del reinado del Fernando III el Santo y con el advenimiento de Alfonso X, surgen colecciones literarias de carácter ejemplar: los *exempla*, y los escritos sapienciales, es decir, colecciones de aforismos proferidos por filósofos clásicos.

Alfonso X el Sabio -su epíteto habla por sí solo- se embarcó en una empresa cultural de largo alcance: reunió pensadores, artistas y estudiosos de diferentes disciplinas para crear documentos de investigación (tratados de astronomía), escritos históricos (crónicas) y literarios. Pero la nota más singular de su proyecto radica en la vinculación del mundo oriental y occidental; de esta síntesis surge un único trabajo que conjuga el pensamiento cristiano, musulmán y judío. Que el rey de las tres culturas estaba en la *avant-garde* del medioevo, de eso no hay dudas.

Para absorber la fecundidad de las tres culturas es necesario contar con una escuela de traductores que puedan poner en lengua vulgar vernácula el conocimiento de estos intelectuales musulmanes y judíos. El rey Sabio tampoco dejó esto librado al azar. La Escuela Toledana de

Traductores se encargó de tomar los textos en la lengua original y verterlos directamente al romance. Estos trabajos no sólo son valiosos por recopilar datos que iban desde los orígenes mitológicos hasta los reinados contemporáneos¹ por y profesar valores morales² sino también por cumplir la labor, no menos importante, de fijar la lengua vulgar, es decir, el castellano como vehículo para investigaciones intelectuales y difusión de conductas sociales favorables según la moral de turno.

Los libros traducidos del latín sufren una evolución diferente a los traducidos del árabe: los primeros comienzan por ser obras escritas y utilizadas por clérigos, más tarde los clérigos las adaptan a los seglares para exponerlas en forma de sermones o lecturas piadosas y por último, el elemento didáctico de las obras

comienza a verse opacado por el elemento de diversión de algunos relatos. Los segundos preconizan una moral diferente a la del Cristianismo y a la del Islam, es decir, realizan referencias a Dios y a la virtud en un enfoque que refleja más bien los ideales vulgares de la vida cotidiana y no los de la mezquita. Este ideal provendría, aparentemente, de un pasado pagano preislámico. Quizás ello explicaría por qué en el *Sendebar* aparecen alusiones a la ferocidad y al engaño de las mujeres. La mujer es tentación y peligro. Prevenir a los hombres piadosos será tarea de éste libro de ejemplos.

La literatura, como elemento didáctico,

“**DESOBEDECER ES
NECESARIO, A VECES LO
NECESARIO ES
PELIGROSO Y LO
PELIGROSO ES
REVOLUCIONARIO**”

conforma esa afinidad electiva entre la mujer y el pecado. La misoginia, en la Edad Media, es moneda corriente. Incluso varios proverbios de la época ilustran la perversidad de la mujer. Basta con una muestra:

Mujer refranera, mujer puñetera

El arte de decir que no

‘El omne non debe loar [...] a la muger fasta que sea preñada’
(*Sendebat*, 69).

Simple, débil... en definitiva: inferior. La mujer es lo otro. Ella existe en tanto y en cuanto exista el hombre. Complemento, parte, consecuencia: el pecado anticipa la perversidad de su sexo.

No vamos a decir que hoy no suceda, pero en el siglo XVI las convicciones acerca de las artimañas del género femenino estaban muy claras. No sólo hablamos de textos filosóficos o literarios, incluso las leyes le atribuían a la mujer un papel pasivo. Este es el caso de las Siete Partidas (cuerpo normativo del reino de Castilla) de Alfonso X el Sabio:

*Ley 6: Casar pueden todos aquellos que tienen entendimiento sano para consentir el casamiento, y que son tales que no tienen embargo que les impida yacer con las mujeres (...)*³

En el caso del *Sendebat*, también conocido como *Libro de los engaños e esayamiento de las mujeres* se ponen de manifiesto que los supuestos defectos son causa directa de la desgracia del hombre. Los cargos que tácita o explícitamente se le adjudican a la mujer en esta obra son varios, entre ellos, se sabe que: (1) tiende a la libidinosidad: comete y provoca el adulterio; (2) tiene gran capacidad para embaucar al hombre; (3) es insensible y fría, por lo tanto, no le es difícil dañar a otros en pos de su propio beneficio; (4) es mala consejera, lujuriosa, cruel y se la vincula, frecuentemente, con lo diabólico.

Pienso, de repente en *El Caballero de Zifar* - primer texto extenso de aventuras ficcionales en prosa romance compuesto hacia 1300- y en otros textos de la misma época que vinculan a la mujer

con el diablo. En este punto es importante tener en cuenta las virtudes trasgresoras del género maravilloso y la figura femenina como disparador que conduce a la maravilla. La presencia de la mujer modifica el paisaje, no solo de manera estética sino también de manera histórica.

Durante la crisis del XIV, las formas sociales más sólidas y las jerarquías estáticas cambian por formas más fluidas. Las prácticas cotidianas experimentan una transformación muy fuerte y ciertos grupos, antes relegados del ámbito del poder comienzan a entrometerse en la escena. Es en éste punto donde lo maravilloso emerge



como algo anacrónico, un resabio de una cultura pagana; con éste género aparece el lugar común de la seducción como esa piedrita que molesta en el zapato y la mujer como alma máter del arte de la tentación.

En libros como el *Caballero de Zifar*, las mujeres surgen metamorfoseadas como demonios, incitan a la trasgresión de toda norma. Acercarse a la mujer es acercarse a lo prohibido y, como se puede suponer, esta regresión a lo pagano y a lo instintivo, tendrá su castigo.

Entonces, dejarse seducir, entregarse al juego humano del deseo nos sitúa en un paraíso

temporal, donde se suspende todo aquello que no tenga que ver con el goce. Pero nada es para siempre. La sucesión de noches y de días desemboca, inevitablemente, en lo contrario de la paz. Tentarse y decir sí es peligroso, pero ¿hay posibilidades de decir que no un paso antes de caer en el pecado?

La mayor tentación se encuentra en la antesala de la trasgresión. Basta que haya un cartel de **prohibido pasar** para que alguien se atreva y pase. Desobedecer es necesario, a veces lo necesario es peligroso y lo peligroso es revolucionario: femme fatal, demonio de mil caras, sólo había que decirte que no para no caer en el infierno, sin embargo, la mujer otra vez, con sus piernas cruzadas, sus pechos-manzanas y su boca comestible. Grandes epopeyas, hitos históricos, revueltas y otra vez la mujer. Dante tenía que decirle que no a Beatriz, sin Helena no hay Aquiles ni Guerra de Troya, sin amor, Eneas no equivoca su camino a los brazos de Dido.

Solo había que decirte que no, mujer... a vos, a lo inevitable: al encuentro entre la bala y el cuerpo, a los sueños de libertad.



Obra sin nombre de Pablo Aníbal López, participante del Primer Concurso Internacional de Artes plásticas de la Revista Crepúsculo.

¹ *La General Estoria o la Estoria General de España*, por ejemplo.

² Calila ed Dimna, Sendeban, Disciplina Clericalis, etc.

³ *Partidas de Alfonso X el Sabio*

Primera excomuni3n

Por Miguel 1ngel Gonzo

Lo primero de todo (si es que hay *un principio*, en caso de que haya *todo*) es, no la visi3n, siempre extra1ada, del lugar, sobre la que volver3, con variables, una vez que est3 dentro, reconstruyendo su imagen como un brumoso rompecabezas, sino su –quiere decir mi– tenaz, su –quiere decir la– ineludible, *respiraci3n*: envuelta en un silencio que hac3a, de todo sonido, una soledad minuciosa, que subrayaba, particularmente, lo nasal,...

...como si, en cada orificio, el armaz3n 3seo, los cart3lagos, el vello microsc3pico, y, m1s all1, los tegumentos y la mucosa, operaran, sordos, desde su penumbra, filtrando las sigilosas, m3nimas, inhalaciones, y desnudara, ante la propia perplejidad, el –antes casi indefinido– ruido de una exhalaci3n que, de tan 3ntima, parece, ahora, por pronunciada, por enf1tica, ajena, como *traducida*: de sonido o eco interno, acosado y subjetivo, del cuerpo, como ciertos zumbidos, como inciertas voces, a mero ruido extranjero, apelativo y n3tido, o, mejor dicho, en este caso, a casi exacto silencio, impuro, como el de ese –este– espacio, que cambia la forma de lo que transcurre en su –mi, la– atm3sfera: la iglesia, las palabras. All3 los saludos se vuelven m1s discretos, las voces m1s veladas, los reconocimientos sonr3en mudos y las reverencias, m1s que explicitarse en ademanes que ser3an, sino vergonzosos, vanamente bruscos, se insin3an –se muestran– en un ida y vuelta de signos cautelosos y superfluos. Vale decir entonces que un ni1o cualquiera, cuyos a1os de vida oscilan entre los siete y los once, doce a1os, y su estatura, apenas superior a un metro, roza con los hombros, o con el cabello h3medo que

evoca, aún, al esmerado peine, a l exhaustivo gel, las imprecisas mitades de siluetas adultas (saco, camisas, pantalones, cinturas, cinturones, piernas), que acompañan, a paso plomizo, entre murmullos, incienso, silencio expectante, la entrada a templo, toman-



«Paraiso devastado»,
óleo de Mauro Tapia.

do de las manos al niño que, sinecdóquico, sólo se reconoce en familia al torcer el cuello, mirar hacia arriba, reconstruir las –sus– figuras –vale decir que ese niño, entonces, en principio, soy yo; fui yo; es un signo: el de, digamos, *mi primera comunión*. El día de la confesión de los pecados; sin embargo, una hermosa mañana, casi encandilada de clara, con muros relucientes y luz que llega, oblicuamente, sobre la iglesia, estampando reflejos en las aristas de las piedras grises; una bandada de pájaros revolotea en remolino en el cielo, alrededor del campanario; la plaza, enfrente, resuena de gritos, huele a flores; dentro de la iglesia, mientras, algunas voces rasgan el silencio, apenas, como acordes graves; la vista de algún niño planea sobre los bancos cuyo respaldo, más que un descanso cervical, ofrece el lugar donde posar las manos para el rezo; otras pupilas se pierden, inquietas, en la altura de los muros, en las imágenes de cera, en el páramo que el mármol, del otro lado

del altar, deja adivinar, y hace sentir, a la distancia; algún niño se aventura por los pasillos laterales; otros llegan al coro; en las pilas de agua bendita, llenas hasta los bordes, se refleja la nave, con el principio de las ojivas y algunas porciones de las vidrieras; pero el reflejo

de los colores, rompiéndose en el borde de mármol, continúa más lejos, sobre las losas, como un tapiz abigarrado; la claridad solar del exterior se alarga dentro de la iglesia en tres rayos enormes por los tres portales abiertos. De vez en cuando, al fondo, pasa un sacristán haciendo ante el altar aquella genuflexión oblicua propia de los devotos que tienen prisa. Las arañas de cristal cuelgan inmóviles. En el coro arde una lámpara de plata; y de las capillas laterales, las partes sombrías de la iglesia, se exhalan a veces como suspiros, con el ruido de una verja que se cierra haciendo repercutir su eco por las altas bóvedas superiores. Alguien (niño, adulto) paladea la palabra *pecado* entre la hueca indiferencia y el vago temor, entre el ceño desconfiado y el vientre enroscado, crujiente. ¿Qué pecado puede confesar, y haber cometido, o creer que cometió, un niño cualquiera, una mañana soleada de sus siete –u ocho o nueve o diez u once, o doce– años? Tal vez la comprensión

del pecho, la tensión de los omóplatos, la rigidez de sus extremos, prefiguren, biológicamente, cierta comprensión intuitiva; pero no sospecha lo que se le imputa.

Afuera el sol, pantalla blanca, derrama luces que acarician, conversando, hasta los límites de las sombras tibias.

¿Qué entiendes tú por creador, y qué entiendes tú por naturaleza corrompida?

Marqués de Sade

“ PREGUNTARLE A ALGUIEN SI
PECÓ ES DECANTARSE POR LA
CONCEPCIÓN DEL PECADO
SOSTENIDA POR GRIEGOS Y
LATINOS: LA DEL MAL ACTUAL –
ACTO, PRESENTE–, NUESTRO. ”

/ Adelante, hijo mío / Adelante /
/ Eso es / Siéntate ahí / Toma asiento /
/ Cuéntame / Tus pecados /
/ ¿Has pecado, hijo? /
/ No sientas temor /
/ Todos somos pecadores /

Las manos del cura –puede ver el niño– reposan, macizas, sobre las rodillas, con un rosario entre los dedos índice y pulgar –derechos–, formando un conjunto estático que se interrumpe, apenas, por el intermitente vaivén –juego, cuenta de cuentas– que el pulgar, deslizándose hacia atrás, e impulsando, a la vez, hacia delante al índice, que arrastra al medio, que arrastra al resto de los dedos, efectúa en el devenir de las piedritas marrones, pequeñas Ave Marías, primero, que se escabullen entre las yemas en una marcha que finaliza, sólo para volver a comenzar, al chocar las uñas, tantear los dedos, la piedra más grande, el Padre Nuestro. Entonces el cura vuelve al primera Ave María, y, espaciado, comienza, se detiene, comienza nuevamente. Los zapatos del

interpelado, quietos por fuera, forman, con sus puntas juntas, el vértice superior de un triángulo, de base imaginaria, que se repite, a mayor escala, y sin base imaginaria, en el que forman las rodillas, tiasas, que sienten, ahora, la humedad de las manos, el hormigueo de los dedos. La voz del sacerdote es cordial, serena, de una cordialidad que no omite el

«Límite circular IV»
(Cielo e infierno)
de M.C. Escher.

cansancio, de una serenidad que no ignora el agobio. Más que decir las palabras, se diría que las desgrana. La voz del niño, por su parte, apenas ha saludado, secundada por una sonrisa inquieta, y asentido luego, casi en un hilo. Su aliento se adivina breve; sus carnes, largas; su ropa, corta. La voz del cura llega desfasada, como sorteando con dificultad el tiempo de sus tímpanos, el espacio obstaculizado de sus huesos, irrumpiendo, tarde para el cronómetro de un diálogo, temprano para el de



las imágenes –recuerdos– que baraja, como un eco extranjero que lo agujonea. Pero su mirada desciende, desciende. El cura ha pronunciado frases contrapuestas, una interrogativa, otra axiomática, no se sabe si por torpeza doctrinal, por afán de recibir respuestas o por pereza mental. Preguntarle a alguien si ha pecado es decantarse por una concepción



del pecado largamente sostenida por griegos y latinos: la del mal *actual* –acto, presente–, humano, nuestro: *el mal es nuestro hacer*, no tiene naturaleza, no es una cosa; no es materia, no es sustancia ni es mundo: «no es algo en sí, es *de nosotros*». Esta concepción entraña este método: «No puedo responder *el mal es* porque no puedo preguntar *¿qué es el mal?*, sino únicamente *¿de dónde proviene el hecho de que hagamos mal?*» (Paul Ricoeur, *Introducción a la simbólica del mal*, 1969).

[Es tentador citar el monólogo del moribundo de Sade:

«*Sacerdote*: El creador es el amo del universo, es él quien lo ha hecho todo, todo lo ha creado, y quien conserva todo por un simple efecto de su omnipotencia.

Moribundo: Es un gran hombre, seguramente. Pues bien, dime por qué este hombre que es tan poderoso ha hecho, según tú, una naturaleza corrompida [...] Tu Dios ha querido hacer todo al revés, únicamente para tentar, o para probar a

“**DECIR *TODOS SOMOS PECADORES* ES SOSTENER LA TESIS CONTRARIA DEL MAL-HACER: SOMOS CULPABLES NO POR NUESTROS ACTOS, SINO POR EL MERO HECHO DE EXISTIR**”

su criatura. ¿No la conocía, pues, no sospechaba del resultado?

Sacerdote: La conocía, sin duda, pero una vez más quería dejarle el mérito de la elección.

Moribundo: ¿Para qué, desde que sabía el partido que tomaría, y que dependía de él, puesto que tú le dices omnipotente, que sólo dependía de él, repito, hacerla tomar el bien?

Sacerdote: ¿Quién puede comprender los infinitos caminos de Dios sobre el hombre y quién puede comprender todo lo que vemos? (Marqués de Sade, *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*, 1782); pero se sabe: en el laberinto de los pecados sería, al menos, soberbia afirmar, o insinuar, que el mal viene, o podría venir, de Dios.]

Pero, por otro lado, la última afirmación del cura sostiene, gnóstica, la tesis contraria del mal-hacer: *todos somos pecadores*; no por nuestros actos, al menos no por nuestras *malas acciones*, sino, ya simplemente, por el mero hecho de *existir*. Ricoeur elucida este concepto: «El mal está

afuera, es cuerpo, cosa, mundo y el alma ha caído dentro de él. Este carácter exterior del mal da lugar de inmediato al esquema de una cosa, una sustancia que infecta por contagio. El alma viene de *más allá*, cae *aquí* y debe regresar *allá* [...] El cosmos que para el salmista cantaba la gloria de Dios y del cual la filosofía estoica predicaba la belleza y la divinidad, ese cosmos no sólo es divinizado sino contra-divinizado, satanizado, si podemos emplear ese término, y, en consecuencia, proporciona a la experiencia humana del mal el apoyo de una exterioridad absoluta, de una inhumanidad absoluta, de una materialidad absoluta [...] El pecado es destino interiorizado. Esa es también la razón por la cual la salvación llega al hombre desde afuera, del más allá, por mera magia de liberación, sin que tenga ninguna relación con la responsabilidad, ni siquiera con la personalidad del hombre» (*ibidem*). [Aquí es tentador citar el *Kristus och Judas* -1904- de Nils Runeberg, dudoso gnóstico alemán del S. XX, que desarrolla en terreno metafísico la siguiente frase de De Quincey: «No una cosa, sino todas las cosas que la tradición atribuye a Judas Iscariote son falsas». El inglés especuló que Judas entregó a Jesucristo para forzarlo a declarar su divinidad y encender una vasta rebelión contra Roma. Runeberg afirma: «El verbo, cuando fue hecho carne, pasó de la ubicuidad al espacio, de la eternidad a la historia, de la dicha sin límites a la mutación y la muerte; para corresponder a tal sacrificio, era necesario que un hombre, en representación de todos los hombres, hiciera un sacrificio condigno. Judas fue ese hombre. Su acto fue superfluo. No hacía falta su traición para identificar a un maestro que predicaba diariamente en la sinagoga y obraba milagros frente a miles de hombres. Judas, único entre los apóstoles, intuyó la secreta divinidad y el terrible propósito de Jesús. El Verbo se había rebajado a mortal; Judas, discípulo del Verbo, podía rebajarse a

delator (el peor delito que la infamia soporta) y a ser huésped del fuego que no se apaga [...] El asceta, para mayor gloria de Dios, envilece y mortifica la carne; Judas hizo lo propio con el espíritu»; «Agregó al concepto del Hijo, que parecía agotado, las complejidades del mal y del infortunio», anotó Borges sobre Runeberg.]

Suponed un árbol bueno, y su fruto será bueno; suponed un árbol malo, y su fruto será malo.
Mateo 12:33

Nuestro pecado es terco; nuestra contrición, floja.
Charles Baudelaire

/ ¿Has pecado, hijo? /

Las semanas anteriores, durante las clases de catecismo, siempre en una sala fría con una estufa no siempre encendida, ante las idas y vueltas de una catequista entusiasta, de explicaciones enérgicas, o, quizá, algún domingo, en misa, a través de las lecturas de los fieles o, tal vez, del mismo cura, o ya de plano aquel mismo día, difícil saberlo ahora, había oído hablar de Adán. El simbólico Adán: «la afirmación de que el hombre es, sino el origen absoluto, el punto de emergencia del mal en el mundo [...] La esencia del símbolo estaba resumida en el nombre mismo del artesano histórico del mal: Adán, es decir, Terrenal, el Hombre sacado del barro y destinado a convertirse en polvo [...] El pecado no es mundo, entra en el mundo» (Ricoeur, *ibidem*) – porque si ahora cruzan como luces las imágenes del dinero o los objetos sustraídos en secreto o las trampas hechas a quién sabe en qué juego o el rostro desencajado de un amigo un primo un pariente que ha visto romperse algo en las manos que ahora transpiran –no es, no podría ser culpa de Dios omnipotente, sino responsabilidad de la libertad humana. / ¿Has pecado? / Sólo un dios vulgar posibilitaría la escena descrita por Agustín contra

“ SI DIOS ESTÁ EN
«CADA PELO DE TU
CABELLO», ¿CÓMO
MEDIR LA PROPIA
VOLUNTAD POR FUERA
DE LA SUYA –Y SUS
CULPAS? ”

los gnósticos, del alma que, precipitada hacia el mal, podría reclamar a su creador: «Tú me has lanzado a la desgracia, ¿acaso no eres cruel por haber deseado que yo sufra por tu reino contra el cual no puede hacer nada esta región de tinieblas?» Agustín expone, en su contienda con Manes, una concepción ética del mal, en la que opone, en forma tal vez maniquea, voluntad y naturaleza, como si el hombre no fuese mundo, y sus ideas no incidiesen sobre éste: «Si hay penitencia, es porque hay culpabilidad; si hay culpabilidad, significa que hay voluntad; si hay voluntad en el pecado, no se trata de una naturaleza que nos obliga»; el mal no resulta, sin embargo, para esta primera conceptualización de Agustín, puramente contingente, sino, neoplatonismo mediante, «inclinación de aquello que tiene más ser hacia aquello que tiene menos ser». Pero es imposible distinguir la nada de inclinación de la nada de origen, el avance hacia la nada de la carencia de ser de la creatura en tanto dependiente: si Dios está en «cada pelo de tu cabello», ¿cómo medir la propia voluntad por fuera de la suya —y al nudo que se entrelaza, aferra y densifica al estómago, como fruto de la voluntad propia?

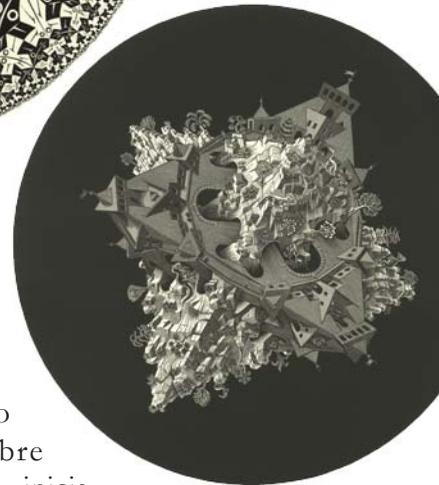
*Amigo, me parece que tu dialéctica
es tan falsa como tu espíritu.
Marqués de Sade*

/ Todos somos pecadores /

«En lugar de todo principio individual del mal, se trata de una continuación, de una perpetuación, comparable a la tara hereditaria transmitida al género humano por un primer hombre, el ancestro de todos los hombres» (Ricoeur, *ibidem*). Tal es el esquema hereditario que Agustín sostiene contra la idea de contingencia, y voluntarismo del mal, de Pelagio, durante el siglo V. Controversia de filología, de traducción, de los puentes y de los espejismos de la lengua. El esquema que presenta Agustín



«Límite circula I» (arriba) y «Planetoide doble» (abajo) de M.C. Escher.



«se asemeja al de la representación del primer hombre considerado como iniciador y propagador del mal [...] Presenta un paralelo entre Cristo, hombre perfecto, segundo Adán, iniciador de la salvación y el primer hombre, el primer Adán, iniciador de la perdición. El primer Adán, que para San Pablo sólo era un Anti-tipo, «figura del que había de venir», se convierte en el centro de la especulación. La caída de Adán corta la historia en dos, tal como lo hace la venida de Cristo. Ambos esquemas se superponen como imágenes invertidas. A partir de este núcleo de sentido se constituirá el concepto de pecado original tal como Agustín lo entrega a la Iglesia. No es inútil subrayar de qué manera Agustín endurece el texto en el cual se trata del paralelo entre ambos Adanes, Romanos 5: 12. Para él, la individualidad de Adán, personaje histórico, primer ancestro de todos los hombres, no presentaba ningún problema. Pero ello tampoco presentaba problemas para los pelagianos. El *di' henòs anthrópou* de Romanos 5: 12 y 19 significa literalmente *per unum*, es decir, por un hombre singular. Por otra parte, SAN Agustín comprende el *ef' hô pántes hémarton* del versículo 12 como un *in quo omnes peccaverunt*, es decir, *en quien* hemos pecado. *In quo* remite a Adán. Por lo tanto, la exégesis agustiniana es ya una interpretación teológica pues si *ef' hô* significa que «todos han pecado en Adán» el paso siguiente será buscar de qué manera todos los hombres ya estaban

contenidos en él. Si, por el contrario, *ef' hó* significa «por medio de lo cual», «sobre lo cual» o inclusive «por cuanto» todos han pecado, se mantiene el papel de la responsabilidad individual en esta cadena del pecado hereditario [...] Agustín minimiza todo aquello que limite la literalidad del primer hombre: el pecado no fue inventado por el primer hombre, sino que éste posee una importancia mítica que supera la figura misma de Adán. Ese *unus* es menos un primer agente, un primer autor, que un vehículo: es el pecado como dimensión supra-individual quien reúne a todos los hombres, desde el primero hasta nosotros. Esto permitiría evitar una interpretación meramente jurídica y biológica de la herencia [...] juridización que, no obstante, se abre paso: el pecado, dice Romanos 5: 23, no se imputa no habiendo ley. Agustín es responsable por la elaboración clásica del concepto de pecado original» (Ricoeur, *ibidem*); «Debemos admitir que fue San Agustín el primero que dio vida a esta idea retorcida, digna de la fervorosa y fabulosa imaginación de un africano pecador y arrepentido, maniqueo y cristiano, indulgente y perseguidor, que en su vida no hizo más que estar en una contradicción perpetua consigo mismo» (Voltaire, *Diccionario filosófico*). Pero esto no lo explica, tampoco, todo. Contra el mal voluntario y contingente expuesto por Pelagio, que entendía el «pecar *en* Adán» como imitación, «pecar *como* Adán», Agustín, dada la «experiencia de su conversión, la experiencia viva de la resistencia al deseo y el hábito de la buena voluntad», rechaza «con todas sus fuerzas la idea pelagiana de una libertad sin naturaleza adquirida, sin hábito, sin historia y sin cargas, que sería en cada uno de nosotros un punto singular y aislado de indeterminación absoluta de la creación» (Ricoeur): «¿Qué tiene [el hombre] que

no haya recibido? (1 Cor. 4, 7) [...] Aquel que se halla lejos de Ti y no puede verte, que ande por este camino que le permitirá llegar, ver y poseer. Porque, aunque el hombre se deleite en la ley de Dios según el hombre interior, ¿qué hará de aquella otra ley que lucha en sus miembros contra la ley de su espíritu y le encadena a la ley del pecado, que está en sus miembros? Tú eres justo, señor, mientras que nosotros hemos pecado, hemos practicado la maldad, nos hemos comportado con impiedad (Dan. 3, 29). Tu mano

se ha hecho pesada sobre nosotros (Sal. 32, 4). Con toda justicia nos vemos entregados al antiguo pecador, que sedujo nuestra voluntad para que se conformara a la suya, que no perseveró en tu verdad (Jn. 8, 44). ¿Qué hará el hombre en medio de su miseria?» (Agustín de Hipona, *Confesiones*, 430).

La puerta se cierra, provisoriamente, detrás del cura. La claridad que se filtraba hacia el interior del confesionario envuelve, ahora, su puerta. El cura se adelanta hacia el niño, y con aquella sonrisa de

campechana benevolencia que adoptan los eclesiásticos cuando interrogan a los niños, le pregunta si no se siente mejor; instantáneo, el niño esboza una palabra de la que sólo despereza una vocal, que es probable sea una *o*, pero que se asemeja a –y suena como– una *e*, e insinúa, con el movimiento de su cabeza, una *i*. Comienza a caminar sin dejar de asentir, y sintiendo cómo una mano casi obscena se despegaba de su espalda –que se aleja en dirección a los altares laterales.

“
**CONTROVERSIA DE
 AGUSTÍN Y PELAGIO:
 CONTROVERSIA DE
 FILOLOGÍA, DE
 TRADUCCIÓN, DE LOS
 PUENTES Y DE LOS
 ESPEJISMOS DE LA
 LENGUA.**”

Pág. siguiente «El paraíso del pecado» de Natalia del Valle Molinero, Mención de honor del Primer Concurso Internacional de Artes plásticas de la Revista Crepúsculo.



La omnipresencia del pecado

Por Sabrina Perotti

La esencia del pecado no radica en que los hombres conozcan qué está bien y qué está mal, sino que cuando cometan algo incorrecto lo tengan constantemente presente.

Hace algunos años tuve la oportunidad de reencontrarme con un viejo compañero de primaria a la salida de un cine. Teníamos 20 años. Recuerdo que sus palabras exactas fueron «*Me caso*». Sin embargo, lo que más recuerdo fue su expresión añorada absolutamente contraria a la radiante noticia.

Se percibía en su rostro un dejo de desesperanza y preocupación. Lo felicité, como quien da el pésame y nos despedimos. Tiempo después me arrepentí por no haberle preguntado «¿Con quién?» «¿Cuándo?» y sobre todo «¿Por qué?». ¿Por qué esa cara de angustia y resignación frente a una decisión que se supone de suma felicidad? Sus palabras habían sido una mezcla de confesión y comunicado. Si me hubiese dicho que estaba enfermo o que tenía que recurrir a una materia, daba igual. Su cara expresaba lo que su voz ocultaba. Por eso quedé con ese sabor amargo y con todas esas preguntas pendientes.

Muchos años después me enteré que su familia era católica ortodoxa y que la familia de su novia también lo era y, entonces, ahí supe realmente el por qué de su actitud. El casamiento no era un casamiento de común acuerdo, no era un noviazgo que decidió formalizarse en unión conyugal. Era simplemente un lavaje de culpas, una salida rápida a las ataduras del pecado. La culpa tomó la forma de proyecto de vida y se embarcó junto a ambos en un viaje del que ninguno quería ser parte.

Pecar y servir

«Arrodillaos, moved los labios y creeréis»

Blaise Pascal

¿Hasta qué punto se puede domesticar el cuerpo de acuerdo al mandato divino?

O mejor, ¿hasta qué punto se puede domesticar el cuerpo? Veo en él la existencia de dos polos irreconciliables. Por un lado, la presencia de los hábitos adquiridos y repetidos automáticamente de manera diaria como los de comer, beber o hasta manejar una bicicleta. Pero, por otro lado, también se cuenta con los llamados «caprichos» del cuerpo. Desde un resbalón filmado por cientos de cámaras hasta un estornudo en el momento inadecuado. «*El cuerpo hace lo que quiere*» es una frase más que repetida y tiene su anclaje en los miles

“ PORQUE EL MAYOR CASTIGO CONSISTE EN ESTAR SIENDO VIGILADO CONSTANTEMENTE ¿Y CUÁL ES EL MECANISMO DE CONTROL?: EL PECADO. ”

de ejemplos en donde éste burla todos los mecanismos de control y su expresión sale a la superficie, es decir, al seno mismo de la sociedad. Hay todo un trasfondo que plantea que por más adiestrado, controlado o domesticado que esté el cuerpo, finalmente se va a salir con la suya, alguna vez.

Pero yendo a un plano menos superfluo, podemos observar las diversas formas modernas

de domesticación del cuerpo tanto en hospitales, escuelas o prisiones. Como escribió Michel Foucault en *«Vigilar y Castigar»* en 1975 *«nada es más material, más corporal que el ejercicio del poder»*. Este autor analiza las prisiones y el cambio en «las tecnologías de castigo». Se pasó de una tecnología de castigo ‘monárquica’, donde el prisionero era abucheado por el pueblo y ejecutado frente al mismo, a un «castigo disciplinario» donde los «profesionales» (jueces, psicólogos, guardias) tienen el poder sobre los convictos y deciden acerca de su estadía en la cárcel. Con la modernización la cárcel pasó a las lejanías, donde los presos quedaron de esta manera excluidos de la sociedad. Se perfecciona, así, la división entre la legalidad y la delincuencia, es decir, entre el bien y el mal. Éste último debía permanecer lo más alejado posible para impedir que incida en la «normalidad» de la sociedad y que ésta, sobre todo, tema caer allí.

Foucault, de manera brillante, va a establecer que en la pre-modernidad los calabozos eran oscuros y vigilados por guardias, en cambio, en la sociedad moderna las cárceles se transformaron en brillantes y diseñadas a partir del panóptico de Bentham, donde desde un punto estratégico un guardia puede vigilar a todos los presos sin que éstos puedan verlo. Haciendo un paralelismo liso y llano podría decirse que este guardia sería una especie de Dios ya que todo lo puede ver sin ser visto. Un Dios que cuida y vigila día y noche. Sobre todo que *vigila* aún sin que sepamos exactamente dónde está. Porque el mayor castigo consiste en estar siendo vigilado constantemente ¿y cuál es el mecanismo de control?: el pecado. Un pecado que sirve para retener, para preservar, para *controlar*. Una especie de corsé que trata de amoldar a la sociedad de



«Sin palabras» de Adrián Richezza, participante del Primer Concurso Internacional de Artes plásticas de la Revista Crepúsculo.

acuerdo a ciertos parámetros. El pecado aleja al hombre de Dios y lo condena a una vida miserable y a un futuro aún más oscuro: la culpa. El pecado al ser considerado desviación del orden divino es repudiado constantemente y caer en él significa la perdición.

Atajo al perdón

No se puede plantear la idea del pecado como mecanismo de control del cuerpo desde una sola perspectiva, también se la puede analizar desde la etimología de la palabra «pecado». Pecar en latín significa «tropezar»: el cuerpo tropieza frente a diversas inmoralidades y es quizá la forma más «física» en que se lo pueda definir. El tropiezo yace en la esencia misma del pecado. No obstante, aunque exista una íntima relación entre el cuerpo, el pecado y el control, es necesario advertir que existe otro integrante en esta cadena: el pensamiento. Luego de pecar ¿qué es lo que se hace presente?: la culpa. Una culpa que no deja territorio a nada, simplemente a la desazón y a la angustia. Según Sigmund Freud el sentimiento de culpa es el resultado de una tensión entre el Yo y el Súper Yo, siendo éste último el constante crítico del Yo.

Cuando una falta es cometida y la crítica interna impide la realización de otras actividades, es decir, cuando este reproche frena nuestro accionar en otras áreas, se vuelve sumamente perjudicial. Es a partir de un determinado tropiezo (el pecado) desde donde se resta energía (al cuerpo) y el hombre se convierte en un ser abatido y atormentado (por la culpa).

Igualmente sería desacertado afirmar la inexistencia de un arrepentimiento genuino, pero también lo sería sostener la inexistencia de salidas rápidas que aplaquen consecuencias.

Una absolución «momentánea» llegaría, por ende, a partir de todo tipo de acciones erradas y decisiones equivocadas. Y esta absolución - sumamente deseada por el pecador- se vuelve así tan requerida como efímera. El efecto de un remedio que pueda finalmente calmar las voces internas y someter al cuerpo tras pecar tiene la duración de un parpadeo.

Jorge Luis Borges dijo alguna vez «*He cometido el peor pecado que uno puede cometer. No he sido feliz.*» ¿Y acaso no es éste el mayor de los pecados? ¿Cómo puede uno embarcarse en un proyecto, planificar toda una vida anteponiéndola a su voluntad? ¿Es éste el precio que uno debe pagar tras haber pecado?

“ ES A PARTIR DE UN DETERMINADO TROPIEZO (EL PECADO) DESDE DONDE SE RESTA ENERGÍA (AL CUERPO) Y EL HOMBRE SE CONVIERTE EN UN SER ABATIDO Y ATORMENTADO (POR LA CULPA). ”



¿No basta con vivir codo a codo con la culpa sino que, además, se debe optar por un rumbo no elegido? Es sabido que el mecanismo de control que propicia el pecado es tan poderoso tanto externa como internamente. Y que éste dictamine sentencias y controle acciones puede llevar a que los hombres adopten medidas vertiginosas.

El hallazgo de un «parche» transitorio que oculte las consecuencias de algún pecado puede tomar hasta la forma de una unión matrimonial, como expuse más arriba. Una unión que lo único que prometía (según la expresión de mi viejo compañero) era un futuro de resignación e infelicidad ya que las bases de esa relación no se asentaron en el amor mutuo sino en la culpa compartida.

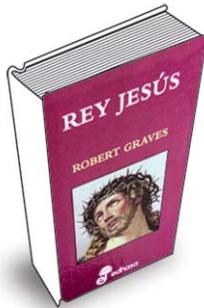
«Dos mujeres corriendo sobre la playa, la carrera» de Pablo Picasso.





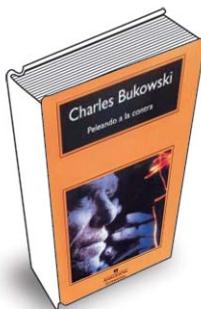
Recomendados de Crepúsculo

Robert Graves
Rey Jesús



La investigación de la vida de Jesús, personaje célebre y único de la historia universal, libre de los sesgos que a menudo posee la devoción religiosa, es una causa lógica de ejercicio intelectual. Robert Graves, escritor que se vio a sí mismo como poeta, nos da una invitación para la comprensión resuelta y audaz de la biografía de Jesús. Deja de lado el mito y la leyenda de la vida de Cristo, trata de encontrar al hombre común de carne y hueso. En esta novela la veracidad puede ser un hecho secundario, aunque Graves con su eufórica investigación, echa abundante luz sobre el tema. La verosimilitud de sus proposiciones es más que aceptable. Cristo, el ungido, aflora como un profundo investigador de la religión judía, a la que conoce y sobre la que sustenta sus ideas revolucionarias. Jesús aparece aquí como sucesor del trono de Herodes, como Rey de Israel. Es una novela extensa e intensa, de esas que uno desea que nunca terminen. En mi parecer su lectura debe ser lenta y concentrada. Al comienzo del libro, la descripción de las raíces de las religiones mediterráneas, es sustancioso y no se debe pasar a la ligera. Una estupenda obra para leer con tranquilidad y sin pausa.

Charles Bukowsky
Peleano a la contra



Es una recopilación de las memorias de Bukowsky, compilada por su fiel editor John Martin, quien aquí nos brinda una selección de las mejores obras del escritor (*La senda del perdedor, Se busca una mujer, Factotum, Música de cañerías, Hijo de Satanás, Mujeres, Hollivood, Cartero y las poesías más importantes de Bukowsky*) presentadas en forma cronológica de acuerdo a la vida de Charles y no necesariamente a la de sus publicaciones. Este excelente libro, nos entrega al mejor Henry Chinasky (seudónimo con el que el escritor se autodenomina en la ficción). Ideal para una recorrida certera de toda la obra del escritor norteamericano.

Charles Bukowsky nació en 1920 y murió en 1994. Escribió hasta sus últimos días con la convicción de luchar contra el sistema (sueño americano). Admirado y odiado, se lo considera hoy uno de los grandes de la literatura Norteamericana.

